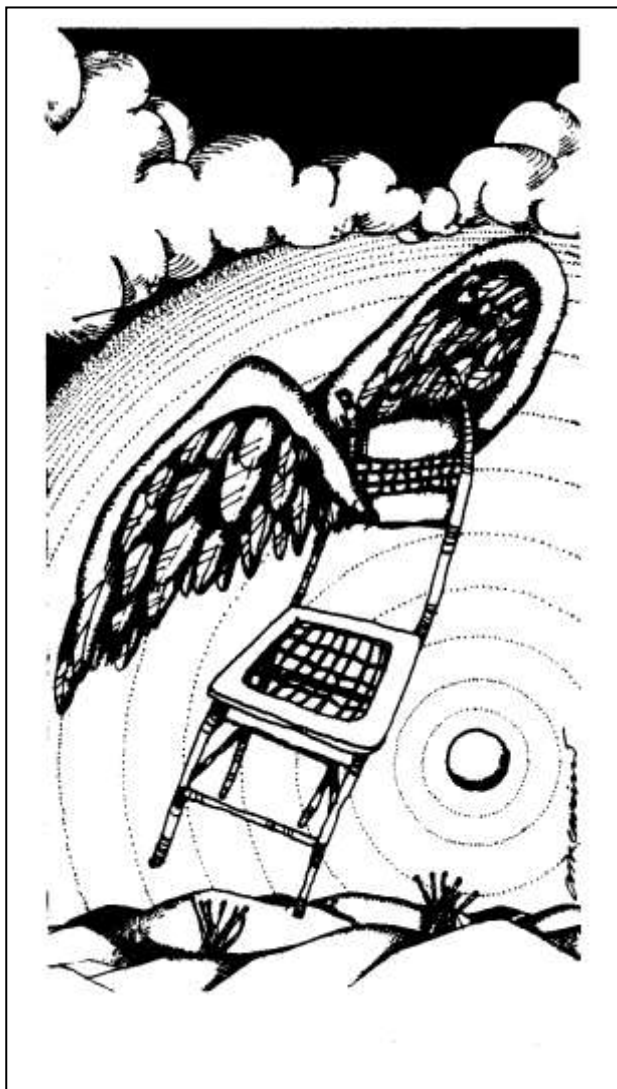




LETICIA SE ALEJA DEL GOLFO DE MÉXICO



LETICIA SE ALEJA DEL GOLFO DE MÉXICO

++INDICE++

Porrista / 3

-Margarita y el Barón

-Claudia

-Vanessa en el Grand Prix

-Ray ama Reina ama Jackie ama Ace amateurs

-Hierogamia para María

Vivero / 16

Cadavre exquis / 38

Encore / 48

Némesis / 52

Mi Abuela con vestido de Novia / 68

Puzzle / 91

Cuatro Elementos / 94

-Territorio Imaginado / 96

-No quitar la tapa al radiador (estando caliente) / 101

-El Monstruo que grito Amor sobre el confín del Mundo / 104

-Los ardidors mueren quemados / 110

Taps / 114

La última letra del Alfabeto / 116

PORRISTA

La encuesta apunta que los hombres prefieren ver un partido de futbol a tener sexo. Yo vivía en Nueva York, trabajando para *Random House* en la traducción de la obra completa de Corín Tellado. La dichosa autora pacta con un amigo teósofo que el primero en fallecer se presentaría al otro y le revelaría los misterios del más allá, por lo que yo era tan pobre en esos días de espera que simplemente compartía con las ratas y cucarachas la basura económica del *Monk's Café* en la esquina de 112th Street y Broadway. Peter Alcántara comenta que *Sport Illustrated* me pagaría un dólar por página, mientras escribiera historias sobre deporte.

-¿Por qué no? Ambos extrañamos a los tiburones rojos del Veracruz –yo le digo.

-Querrás decir los fondillos rojos del Veracruz. El equipo es un perdedor, pero ¿Qué se puede esperar de los jugadores que obtiene más puntos en el hospital que en el estadio? – me responde el reportero gráfico de la vasta cancha de juego.

Lo importante no es ganar, sino competir. De regreso a México, Virginia necesitaba dinero para hacerse la ortodoncia. Edith quiere cortinas nuevas. Armando busca importar un par de colegialas japonesas para su película experimental. Entonces le refiero al fotógrafo de la recreación atlética semejante chisme acerca de la azafata de Braniff y el equipo Sueco de bobsleigh olímpico, comprobando al mundo científico el efecto Coriolis, a propósito de un largo vuelo intercontinental. Exprimo la narración y el movimiento de la voz termina en un sobre enviado a su sala de trofeos. Dos días más tarde, estoy recibiendo el telefonema de respuesta. Nos entendemos con gestos y silbidos durante el arbitraje.

-Demasiado literario, *mon cheerleader*. Olvida la indagación erótica y pon los Adidas® en la zona de anotación. La encuesta apunta que los hombres prefieren ver un partido de fútbol a tener sexo. Más adrenalina, requiero más adrenalina para mi clientela.

En ese momento juré nunca más escribir para alguien tan insensible, tan extranjero al ejercicio físico del amor. Sin embargo, Virginia quiere dinero para hacerse el implante de senos. Edith necesitaba tapizar los muebles para combinarlos con las cortinas nuevas y Armando debe el monto de su fianza para salir de prisión. Dada la metonimia de los goles, es que me trago mi orgullo para dar cancha a estas novelas por quinielas.

MARGARITA Y EL BARÓN

Al momento que Margarita despierta, el zafiro de sus ojos por instantes fulgura y pone unas pocas gotas del Danubio sobre la cola del pavo real en la terraza. Ella tiene la sensación de que siente y vive a su lado un rubio Lohengrín que le lanza las cuatro virtudes cardinales. Otros poderosos de la tierra, príncipes, políticos, millonarios, manifiestan un plausible desvelo por ocupar su lecho. El Barón la mira, dichoso en su suerte. En puntillas, busca llegar donde ella despierta en su *chaise longue*, apartando el bate sobre el hombro. La divina Margarita una flor destroza con sus tersas manos. Los pétalos de rosa cubren aquellos pies calzados con tacos en las suelas y con medias negras, uno sobre otro, mientras el tallo de las espinas va en celo tras la holgada camisa de cuello en V, rebota contra el apretado rayado vertical y cae en el olvido. Agitado, el Barón apoya el muslo viril contra el libro cerrado de poemas. Allí, el beso es en los labios, beso que hace que se abran los ojos inefablemente luminosos y encuentren los suyos bizcos de deseo, bajo la gorra azul con

gran visera arqueada. Y a todo esto, el chillido del pavo real. La gritería de tres mil aficionados vitorea el *swing*. -¿Me quieres? -¿No lo sabes? -¿Me amas? -¡Te amo! Termina la parte alta de la primera entrada. Es noche de fiesta y el baile de trajes ciñe la luna hasta la asfixia. La caja había llegado, una caja de regular tamaño, llena de estampas aduanales, de números y letras *stencil* que decían y daban a entender que el contenido era muy frágil. El Barón abre el contenido y alarga la máscara de *catcher* a la hermosa mujer. “Toma, ponte esto”. Ella acomoda el perímetro de amortiguación de la careta sobre el borde de su cara, mantiene el cuello erguido y recoge la cabellera en un estilo informal de coleta. “Y esto también”. El Barón pasa el peto acojinado y la ayuda a colocarlo en el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, ajustando las correas detrás de su espalda casi comparable al perfil epicanto de la medalla de una emperatriz china.

-Se siente muy apretado, amor – ella advierte. La leche ama su piel sensible y ella tiene miedo que el cuero le provoque un prurito e irritación.

-Ya aflojaran en la medida que te muevas, preciosa – responde el Barón. Toma su mano llena de perfume y le ajusta la manopla. Era tosca y pesada, con las palabras pirograbadas en el dorso: “*Tuya para siempre*”.

-Por favor, no te pido una mascota nueva –Margarita suplica – Prefiero un diamante.

El Barón no le responde, se da la media vuelta y cuenta once pasos hacia el extremo contrario del salón. Se detiene en el lugar del tapete de piel de cebra, gira el cuerpo y se palpa dos veces la entrepierna, antes de enfundarse el guante de cuero.

-¿Quién ha quitado los floreros? – grita Margarita, desde el ventanal con sus hojas cerradas, sufriendo la falta de ventilación.

-Dame un conteo, dame un conteo –murmura el Barón.

Enseguida le lanza una pelota al tamaño de una naranja, que margarita atrapa y recelosa, devuelve al serpentiner. Al principio, el ejercicio es ligero, luego cobra velocidad y fuerza. Luego de un rato, el sudor aparece en la frente del Barón. Margarita nota su cansancio. Los lanzamientos inmediatos se recrudecen y la pelota empieza a tener extraños movimientos en el aire: cambio, *forkball*, curvas, rectas, bola rápida, bola de nudillos, *sinker*. El rango vertical de validez es la apreciación del umpire, comprendido en el espacio que va desde las rodillas a la altura del pecho del David de yeso, cobijado por el plafón de su copia en Florencia. El rango horizontal va delimitado por el ancho del plato llano de Bohemia. Sopesando las costuras de la pelota, el Barón la miraba a veces con el rabo del ojo y le hace saber que tiene el mal de los celos, ardiente y sofocante, como un *wild pitch* que le aprieta el alma. Ella estaba seria.

-Eres demasiado injusto. ¿Acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón? – reclama Margarita, crujendo los añicos de la pieza porcelana bajo los pequeños pies.

-Deja, pues, que me vengue de mi rival. Él o yo, escoge. – exclama el Barón.

-Tonto, te adelantaste al robo y estás *fuera*... – retumba una tercera voz.

Era el jardinero central, que entreabría una cortina, todo sonrosado y haciendo evidente el *affair*.

CLAUDIA

Claudia es ilustre, elocuente, conquistadora como criolla. Ella posee la sonrisa abierta y dentada, que asegura el amante y amigo. De igual modo, su voz es serena y vibrante al

mismo tiempo, cuyo gesto provoca la deliciosa figura de los amables cuentos que empiezan: “Había una vez...”. Sin embargo, ella cayó en un modo de vida que provocó el rechazo de familiares y amigos. Principalmente, su reputación circula entre los malcriados del refinamiento en el narcótico barrio de Montparnasse. Allí, ella paga un alquiler barato en un *atelier* sin agua corriente, sin calefacción, raras veces sin ratas, con el dinero que consigue jugando a los bolos. Jean Cocteau una vez dijo que la pobreza era un lujo en Montparnasse. El padre de la joven se consume entre vagos tosidos de la tuberculosis que lo tiene desahuciado como una llama azul, pero se encuentra decidido a cambiar el mal hábito de su hija antes de morir, por lo que le busca un trabajo de *governess* en una casa noble de la Rue Victor-Masse. El trabajo no es arduo, simplemente consiste en cuidar a un niño llamado Pierre y vestir en el servicio una falda Chanel con medias negras y *tailleur* con corbata de moño tan intrincado que solo la ama de llaves puede anudar. Sin embargo, Claudia no era el ideal de la heroína de Jane Austen o Henry James. Una noche, ella encuentra dificultad para dormir y se revuelve en su cama, practicando sus cuatros pasos de colocación para lograr la perfecta chuza. Finalmente, la muchacha no puede contener más el deseo y se escurre a hurtadillas en la habitación del pequeño Pierre, mientras el resto de la casa duerme.

-Pierre, *mon chéri*, te tengo una sorpresa – lo despierta suavemente.

Ella ayuda al párvulo a quitarse las pijamas y no puede creer su piel tan rosada y salpicada de pecas y soles enanos en la espalda. Los dedos de ambas manos unen números dispersos en las discromías de la piel con sensual cosquilleo, la constelación de Efélides.

-¡Que hermoso muchacho eres! – murmura Claudia.

Acto seguido, lo viste con ropa llamativa de satín y lo lleva rastras delante de una pesada bola de material poliéster.

-Deslízala ahora – ella le susurra por detrás de la oreja.

Pierre voltea a ella, interrogante. Se sonroja.

-Tu primera vez, ¿verdad? – Ella comenta – Quizás si te ayudo a poner este dedito en este agujerito estaremos mejor

Cierto, cada bola cuenta con tres agujeros, pero es este orificio que permite colocar la yema del dedo corazón y darle un efecto a la bola a la hora de lanzarla.

-No, eso no está bien – responde tímidamente el infante.

-*Allez-allez*, gallito dormido. ¿Me dices que no tienes el tamaño para jugar al boliche? No te creo.

-No quise decir eso

-¿Acaso tus compañeritos del colegio no te han platicado al respecto?

El niño asienta con la cabeza agachada.

-No importa – Claudia ríe – Ahora *mademoiselle* Claudia te va a enseñar otras cosas que ellos no te dijeron, cosas que ni siquiera tu papá ha llegado a conocer.

Claudia coloca diez pinos equidistantes entre sí con la forma de un triángulo al final del corredor. El niño lanza la bola y consigue un típico Split con los bolos 4-10.

-¡Voilà! –exclama Claudia, su pecho brinca de emoción.

El niño recurre a la excusa de la cerveza para mejorar la puntería.

-Ahora, si eres buen chico –advierte la niñera, regresándolo a su cama - luego te enseño a jugar bocce y petanca por francos.

VANESSA EN EL GRAND PRIX

La bandera a cuadros anuncia, en vaivén, cuando es tal la lejanía al cabo las metas. Vanessa es vencedora de muchos amantes, pero nunca ha podido conducir los besos en la escudería de Porsche. El siguiente hombre con quien desea compartir la experiencia es Iván, un altísimo húngaro de oficio cazador, a quien por semanas ha pedido arreglar uno al otro el espléndido escape. El se resiste, la mira como un pichón. Finalmente, una mañana de suave lluvia, toman el tren a Mónaco, para estar juntos en el gran premio de Fórmula 1.

La prueba de manejo viene a comprobar todo lo que Vanessa había esperado, con los mecánicos minimizando errores y tiempos durante la recarga de combustible y el cambio de neumáticos en el *pit stop*; El semáforo de cinco luces rojas, encendidas en intervalos de un segundo y el ronroneo de los motores; Los pilotos perdiendo el control en las curvas y estrellándose contra el muro de concreto. Antes de la primera vuelta al circuito, Vanessa bullía de excitación: los labios se le mojan como sucia esponja, los pulmones inflaman su orgasmo, y en un momento crucial de humo reposado entre los extintores, pone la palma de modo reflejo sobre la mano de Iván y la aprieta. Vanessa comprende en ese momento la razón por la que los hombres se resisten a llevar a sus amantes al Grand Prix. El temor estriba en que las carreras despierten en las mujeres una insaciable pasión por el volante. Sin embargo, Iván mostraba una conducta esquivada y extraña, como si le apenara su mano encima. En la segunda bandera roja, ella nota sus ojos cerrados. Más tarde, en la fiesta del día de la Ascensión, Iván hace una confesión.

-Soy virgen. Únicamente disparo salvas.

-Broma, ¿Verdad? ¿No tuviste hermanas o primas? ¿Novias redondas?

-En Budapest, a la edad de catorce años, viviendo en la casa de mis papás, que contaba con varios balcones. Una tarde estaba aburrido, sin otra distracción que escupir hacia *Margit-sziget*. Al bajar la vista, vislumbro a esta mujer oriental practicando Kyūdō, o “el camino del arco”, en su jardín de dianas. Apenado, me escondí tras los balaustres, suponiendo que no me había visto. Entonces la vi hacer toda clase de tiros al blanco, con su arco de bambú excesivamente largo, superando la altura de su cuerpo. Yo me enamoré.

Al siguiente día, salí al balcón con una manzana en la cabeza. Mágicamente, la arquera aparece y su flecha es *seisha seichu*, que significa "tiro correcto es golpe correcto". Yo me siento aturdido.

Los días posteriores, abro la ventana con un desparpajo de San Sebastián. Una mañana salgo a encontrarla en el balcón y cae el sol herido de muerte. Ella lanzó su última saeta contra la semana. Mi madre nos había descubierto y castigaba la lujuria. Esa noche, nos echa una maldición gitana de no volvernos a ver jamás.

-Ahora es puntería de Cupido, mi vyerista de los siete días.

La pareja ríe. Reconciliados en el Blüthner, Iván y Vanessa caminan las subidas y bajadas por Monte Carlo y asisten a la celebración del ganador de la carrera, el hombre favorito recibiendo el trofeo y bañado en champagne y en besos de edecanes. El equipo técnico del monoplaza sale en la foto. Todos los integrantes tenían el número de su overol de color negro menos uno, cuando le preguntaron por qué el color del número de su uniforme es rojo, respondió “porque me llamo Domingo”.

RAY AMA REINA AMA JACKIE AMA ACE AMATEURS

Era una tarde lánguida y cuadrada, en la hora del pecado original que lo desnudo complica, pero la adusta perfección jamás se entrega. La vida se soporta con el roce al pezón, con buena y mala intención, perseguido por algún extraño soplo de feromonas, para el cual Ray sigue su rumbo de intimidad con embeleso y anticipación. Allí va el fauno en celo tras la hembra y la caña desgrana sus notas amorosas como las monedas en la fontana de Trevi. Por momentos, el intelecto pierde su paso sobre Vía Veneto, pide dirección en aquella parte cinematográfica de Roma que ha sido cerrada con alambrada de gallinero, para poner a distancia los manes de los primitivos abuelos. Ray da cuenta que todo hombre que lo pasa de largo portaba un par de pelotas afelpadas y una raqueta de madera sugestivamente tejida. La cita comienza cuando el saque de la jugadora pasa la red formada de suspiros. Cae a tus pies una rosa, otra rosa, otra rosa ¡y es *advantage*!

Ray conoció a Reina en la puerta del *Planet Hollywood Disco Pub* de Vía Tritone, dos meses atrás. Ella vestía un sencillo vestido azul de lycra *Ellesse* sin mangas y un par de bandas de toalla en la cabeza y las muñecas, pero las piernas subterráneas olvidaron usar la ropa interior. Desde entonces, ambos cargan mismas bolsas de torneo. Los amantes secretos se saludan con un beso discreto y juntos suben las escaleras a la azotea del inmueble.

-Mi esposo por poco nos descubre –Reina susurra al acompañante, temblando y abrazándose fuertemente a su costado.

-¿Sospecha algo?

-No sé, él me pregunto a donde iba vestida de ese modo, pero yo le dije que iba a la Plaza de San Pedro para orar con los fieles la misa tridentina.

-No sirve. Lo haremos deprisa esta vez, ¿Quiénes son nuestros oponentes?

-Por un lado, está Jackie, que fue mi compañera de escuela en Milán. Ella maneja un juego de pies fuera de lo común, pero sé que te gustara. También está Ace, el cubano, su compañero, nunca lo he tratado, pero me han dicho que posee unos golpes de volea que lo aproximan al *ranking entry*.

-Me preocupan las enfermedades venéreas que se hallan callado...

La orgía es incidencia. Cuando Ray y Reina aparecieron en el techo, la pareja formada por Jackie y el cubano ya se encontraba calentando en la cancha. Ambos se uniformaron con idénticos kimonos, pero el cubano era distinguible por su cabeza rasurada, que resplandece como el sol de la toscana. El fetichista se muere de los celos, su muñeca inflable lo dejó por otro juguete. Ray y Reina sienten un imprevisto escalofrío, una ansiedad casi primitiva. Ray rápidamente dice:

-¡Buon divertimento!

Los recién llegados muestran sus respectivas raquetas de juego. Durante esta fase de excitación, en los hombres el cuello de aluminio se agranda y endurece, se pone erecto. Una cinta enrollada al mango impide dañar la mano y permite una mayor adhesión. En las mujeres la cuerda se lubrica, el bastidor de madera se hincha. Tras los primeros escarceos amorosos, el estimulado Ray pronto se olvida de todo decoro y pudor. Sus ojos crecen fijos y brillantes, y su *smash* arroja chispas cada vez que su compañera cambia el culo de posición. Él arremete hacia adelante y hacia atrás, atacando y recuperando, e incluso el viento parece respiración entrecortada sobre los vellos de su torso desnudo. Él se traslada a la red, él se regresa a la línea de fondo, y ahora corre contra la cerca trasera para alcanzar una pelota alta, difícil. Al contacto, se produce una gran tensión muscular y suceden las

contracciones en la zona del esfínter. El logro lo tira de espaldas al suelo y, a pesar del agotamiento, el placer era mayor que cualquiera que éste hubiera conocido nunca, porque él había aventurado su *drive* naturalmente promiscuo en el juego y se había abandonado a él. Las ansias de seguir no desaparecen. Él se repone en el piso por un momento, sentado y estremeciéndose, y entonces, medio entre sollozos, medio entre risas, él dice en voz alta al cubano, “Muy bien, mándame tu servicio”.

Ray y Reyna ganan los primeros tres sets, 6-2, 6-4 y 6-3. Entonces hacen cambio de parejas.

HIEROGAMIA PARA MARIA

Eloy se casó con Marimar, Antonio con Marifer, Fernando con Maricruz. Patricio con Mariana y los hermanos con Alizé y Bora. A Greco no lo quiso Mistral y, en buena medida, la enemistad que por un tiempo les separó del resto del cuadro, estuvo motivada por los matrimonios del desván.

El torero Patricio besó a Mariana, que era la muñeca que más le gustaba, tras salir ileso del paso de la bestia, cuyo rastro era más lejano en las sombras. El toro no regresa. Las espaldas del torero se enderezaban a la faena y el traje de luces cobraba sobre el cuerpo esquilmado, la holgura de la vestimenta de los espantapájaros. Era el traje de gala y a pesar de su caída harapienta, conservaba la finura del apresto originario, lo que llenaba de orgullo al sastre de Lumajo, que lo había confeccionado. Mariana, aguardando los besos, cuelga la canasta de los melocotones en su templo de raras chucherías, a una altura determinada, pero prueba ser ineficiente, luego un hoyo es abierto en el fondo para perder la esperanza de

vender lo hallado. Las lágrimas resbalan por su cara con la misma suavidad que se desliza la lluvia en los tejados. Llamadas voces bajan aprisa las escaleras del poniente.

Los matrimonios empezaron a fraguarse en el tiempo de la imaginación de los niños castigados, cuando Marimar propuso que las infancias duraban poco, menos de esa charla agradable y suelta que se place entablar con las pelotas. Desde entonces, instigó a los estrellas del baloncesto iniciar el combate circular. Alizé y Bora, quienes ya estaban aburridas que los niños no encontraran el aliciente de ningún juego, chocaron los cuerpos, encontrando un placer eléctrico como producen los guijarros. Las muñecas permanecían en el ala derecha del desván y los muñecos, devorados por la intemperie y la fiesta, en los paredones del ala izquierda, dispersos como consecuencia de un estornudo y haciendo de cuando en cuando alguna arriesgada incursión en el ruedo, bajo los muebles y cacharros que sepultan las telas de araña y el polvo.

Los mensajes de papel dulcemente doblado los traía y los llevaba Venancio, el hermano pequeño de Eloy, que participaba en el juego exclusivamente por el placer mercenario, cobrando por viaje tres bolas de anís. Marimar contaba la historia de los cinco sentidos. Por su parte, una anotación hacía que el abrazo de los fantasmas traviesos se estrechara en un trance peripatético, mientras los dedos se mecen del aro en el tablero hasta hacerse daño. Se decía que Camilo era un fanático inocuo, de los que van y vienen en la vida sin cometido, casi igual que un pase de mano a mano con diez segundos del último cuarto. Su canto favorito se acomodaba tan bien al escondite como el uso por primera vez de la *porra*.

Escribí un largo poema

por amor a las palabras
Robé el sueño a las hilanderas
para trincar hábil una trama

Lo leí completo de vuelta
por desperezar la garganta
pero nunca le di a mi amada
una cama o un arete de perla

Camilo tardó otros tres meses en derrotar a los tuberculosos, después de haberse modificado las reglas para sillas de ruedas, cuando las muñecas habían dejado de serlo para hacerse novias, y Venancio cobraba una bola de anís extra por guardar el secreto. Eloy escogió a Marimar, Antonio a Marifer, Fernando a Maricruz. Patricio a Mariana y los hermanos resolvieron hacer su propio *veintiuno* con Alizé y Bora. Poco a poco se fueron casando y el invierno del desván, cuya escarcha crea un nuevo misterio en las ventanas heladas, agrupaba el calor amoroso de las parejas, acostadas bajo el remanso de las horas que unce vida, quiere prole, mientras permanecían inmóviles con las manos cogidas. Fue el *réferi*, extrañado de aquel prolongado silencio, el que subió una tarde al desván y expulsó a escobazos a los matrimonios.

VIVERO

Alcanzando los anales del portento, la familia López de Santa Anna y sus viveros de orquídeas se establecen como una Quinta respetable y acaudalada en la comarca veracruzana desde que los vecinos de los alrededores tienen el recuerdo, el cual resulta tres veces más largo de la cuenta debido al alto índice de mortandad de la época, pero estamos en la Era de la Razón, cuando la Revolución Francesa al otro lado del mar anunció con mucha anticipación el despertar de las tendencias liberales, luego las novelas vendidas como invenciones románticas hasta Madame de La Fayette, asumen el riesgo de ser leídas por el mercado a mitad del siglo diecinueve como otra historia pública auténtica con adulterio, celos y crimen. No importa, la Quinta poseía una vasta extensión de tierra y, pocos lo saben, parte de su secreto familiar era escapar de puntillas en las noches, cuando todo el mundo duerme, para mover las cercas un poco fuera de sus límites. Esta es una radical medida que por siglos ha operado como la regla dorada entre filósofos y legistas: aquel que posee el oro, pone las reglas. La familia López de Santa Anna radicaba en mismo corazón que rondan los fríos paisajes sobre las estribaciones orientales del Cofre de Perote y suponiendo que por un momento burlamos a la ciencia médica y nuestro músculo es colocado al centro del cuerpo y no ligeramente inclinado hacia un lado en relación a las cabezas, puesto que a partir que el corazón tiembla arrinconado como los escarabajos borrachos de *cognac*, los aristócratas se acostumbraron a perderlas bajo la guillotina. Por supuesto, había competencia por los vivísimos hormigueros y el aire a la salida de todas las aldeas en el resto del mundo, a menudo causa de los cambios de banderas, pero el último heredero de la finca nunca pudo casarse y tener descendientes porque, tristemente, debió

perder los testículos en una de estas revoluciones. Por fortuna, su hermana, además de estúpida, era fea, por lo que no le fue posible desposarse con otro estúpido y por lo consiguiente quedó a cargo de su hermano lisiado hasta su muerte. Durante el novenario de la abnegada hermana, Anastasio Castañeda de Lebrón, su sobrino, hijo del único pariente del cacique lo suficientemente astuto para haber embarazado a la sirvienta de raza mulata, se mudó a la granja de *El Lencero* para hacerse cuidado del pariente rico. En el siguiente viaje a la capital, Anastasio trajo consigo a su esposa y dos hijas con una maraña de venas filiales y el militar retirado les cobró inmediato afecto, principalmente hacia las niñas, a quienes gustaba simular un caballito de la *Grande Armée*, montándolas en sus rodillas. Especialmente cuando las delicadas criaturas del aire alcanzaron la pubertad. El anciano estaba tan encariñado con esta gente que da la sangre del cordero al cumplimiento de su testamento con todas sus propiedades, incluyendo el inmueble de la Quinta, los caballos, los sirvientes, los muebles, las vajillas, los cuadros y hasta su extensa colección de preseas y artefactos vinculados al inmortal espíritu de Napoleón Bonaparte.

Al caso, la madre de las niñas no era la primera esposa de Anastasio Castañeda de Lebrón. La primera mujer que disolviera sus anillos de casados había muerto mucho tiempo atrás y dejaba un hijo huérfano, aunque los eventos no se dieron en ese orden. Tal hijo creció bajo el nombre Jacinto Castañeda de Lebrón. Él era un mal recuerdo para echar en cara y ponerse una inyección para adquirir la viruela, que a su vez se desposó con una mujer llamada Remedios. Ambos contrayentes procrearon un hijo varón, quedando sellado el destino de las pequeñas Castañeda de Lebrón por grotesca biología. Legalmente, tanto Anastasio como su agonizante tío estaban compelidos a redirigir su herencia al pequeño Valentín por los dictados de la primogenitura.

Al final, el general Erasmo Severino López de Santa Anna murió y fue enterrado con honores, con la Rosa Amarilla de Texas en el pecho, la cual mantuvo muchos años lejos del marchitamiento bajo una campana de cristal al lado de su cama. Furia color de amor, amarillo color de olvido. Un año después, Anastasio yace en su lecho de muerte y llama a Jacinto a su lado.

-Siéntate, por favor

Jacinto se acomoda en la única silla del cuarto

-Esa no, la otra

Jacinto mira la silla invisible y decide permanecer de pie.

-Casi siempre estuve de viaje, hijo –carraspea Anastasio – Cualquiera cosa que pase, me van a extrañar mucho mi esposa y tus dos hermanas. Es que el mundo de acá es distinto, pero no tanto para despedirme correctamente.

-No hace falta que te tapes con las manos –advierte Jacinto, poniendo fuera del alcance el revólver de cinco disparos –Di las palabras sin despegar los labios, nada más moviendo los ojos, sin alzar la voz. Así nos podemos entender, porque las pistolas son muy ruidosas.

-En algunos ordenamientos jurídicos ha existido un desigual tratamiento de los derechos y deberes de los hijos, reservando un mayor papel al primogénito de cara a la sucesión de su padre.

- Un plato de lentejas es suficiente en el proceso.

-Hijo, es mi postrer deseo que tú hagas uso de los derechos que el tío Erasmo Severino puso a mi nombre y las completas posesiones que son transmitidas a tu potestad sin que existan mayores meritos para merecerlas que mi deceso inminente, y que proveas

un donativo a tu madrastra y tus medias hermanas, a quienes el caprichoso destino les ha negado su fortuna, en este lado que la gente no ve, aunque quisiera seguir platicando, pero llega la parca y ¡arggggh!

Antes de completar la frase, Anastasio expira. El médico asistente califica su muerte como prematura debido a las complicaciones de la sintaxis y acelerada gramática de esta última voluntad. No obstante, Jacinto jura honrar el deseo póstumo de su padre y regresa a comentarle a su esposa que ha destinado una pensión de 10 mil pesos a cada una de sus hermanas y su madrastra.

-¡Maldito hombre cruel! – Ella exclama -¿Has llegado a este punto de la vida con tan pequeña idea de los vericuetos que se imponen a las mujeres opulentas por parte de caballeros sin escrúpulos? ¿Eres tan ciego para contemplar la posibilidad de que tal engrandecimiento en la fortuna de tus hermanas solo las conducirá a la perdición? Para hacer la prueba, compra un bloque de hielo, dos medidas de sal y par de baldes viejos y pregunta con el fabricante de helados.

-¡Cielos! ¡No, mujer!

-Bien, hubiera tenido que voltear muchísimo para al menos mirarlas de reojo. ¿Qué mejor manera de cuidar tus hermanas que preservando sus inocentes almas de los instrumentos del diablo y dejando todas esas complicaciones financieras a nosotros? Cuando los caballeros se acerquen a cortejarlas, ellas tendrán la certeza que lo harán por un genuino deseo carnal y nunca el diseño de una vida mejor. La gente rica son igualmente gente pobre, pero con dinero.

-Muy cierto, mujer – Jacinto consiente – pero, ¿Qué hay acerca de mi madrastra? De haber permanecido en el burdel, habría tenido que resignarse con un jardín.

-La sabiduría de las viejas dicta que las madrastras se convierten en vampiros al caer la noche y salen con la luna a beber la sangre de los mortales. Tu deber es ganar la negociación una mañana, mientras ella duerme, y clavarle una estaca en el corazón, enseguida cortarle la cabeza y encontrar la manera de pulverizar sus huesos para ser enterrados debajo de un ahuehuate

-¡Virgen santa, yo no haría eso!

-Supongo que no, pero al menos debes asegurarte de no darle ninguna pensión...
¡Sólo el Señor sabe de lo qué es capaz un monstruo así con dinero!

El asunto es acordado. Jacinto, Remedios y el pequeño Valentín se mudaron legalmente a la casa señorial, en tanto los abogados pedían amablemente a la segunda señora Castañeda de Lebrón y sus dos hijas empacar sus cuatro pertenencias y retirarse a otro lugar que no fuera El Lencero. Por ejemplo, el mercado de esclavos de la próspera isla de Cuba.

El hundimiento del buque americano Maine frente a las costas de la Habana fue el motivo de la guerra contra España, encaminada a la pronta liberación de la isla. Mientras tanto, fueron tiempos difíciles para las mujeres Castañeda de Lebrón, quienes para entonces habían aprendido algunas palabras en castellano, porque se le pongan de plata los labios. Mientras tanto, mientras tanto ¡ay! mientras tanto la falta de dietas y el exceso de amores cubiertos de gusanos, las convertía en prospectos poco deseables para los bien intencionados hombres que pudiera fijarse en ellas, especialmente si queremos el pan nuestro de cada día. Lo mejor que pudieron resolver con la primera moneda fue vivir bajo un sistema de racionamientos y pasar el tiempo meciéndose en hamacas, tocando el

pianoforte y criticando la profundidad de sus escotes para vencer el insomnio, años después de cobrar su fama punzante el misterioso Jack el Destripador. No hay más que un gentío de lamentos que se desgarran por la sed frente al triste mar, el engreído mar que los ahoga a todos sin saciar su urgencia.

La reverencia consigue verse inteligente, señal irrefutable de la debilidad que acompaña. Así, manzanas levemente heridas por dentados cuchillos como tiburones, las mujeres Castañeda de Lebrón están lejos de pasar como una piedra de la que nadie sacaría una antigua receta de belleza. Para empezar, la señora Castañeda de Lebrón es una adorable mujer madura que no daba muestras de haber concebido dos veces. Las hijas de 17 y 14 años, respectivamente, rivalizaban con la madre en su delgada silueta por el sol que se asoma. Ella y la hija mayor, Lucía, ya eran mancuerna para insistir en la precaria moda, que para invierno las convertiría en un autentico sudario. Mientras que Fernanda y su tenedor atacan la comida ajena, sin la más mínima idea de lo que estaba sucediendo y cuya carita boba sonríe por las dos mujeres, que juntas le habrían cercenado el cuello si no fuera porque las travesuras de niña crecida al final las provocaba reír. Más, no todo fue latido oceánico en las semanas anteriores a su expulsión de El lencero. El cuñado de Jacinto, Don Hipólito García de Tosta, llegó al rancho en un enorme globo de Montgolfier, para besar a su hermana y saborear su rico mole antes de seguir el paseo panorámico. Desde el primer momento, Lucía no titubeo en hacerle ver al recién llegado que el interés por intercambiar fluidos era recíproco. Con el agudo fistol que pincha el ligero aeróstato, el hombre deja escapar todo el aire caliente de su emoción y su discurso era tan elegante y deferencial que al final sus palabras no tenían ningún sentido. Sin embargo, Lucía guarda un sueño de grandes abanicos y graciosamente perdona la timidez de su interlocutor que lleva el rubor al

pastor que pide teta al toro tirando la verja. Advertidas del colorado afán de los frutos cercanos, la madre y la hermana menor tienen la confianza de que Don Hipólito tarde o temprano le propondrá matrimonio y patrimonio, pero el individuo no daba muestras de superar la timidez, siendo que el tibio regazo de la joven era fácilmente discernido. Cierta vez, hubo un momento cuando el hombre se adelantó con su plato en la mesa y permitió que el dorso de su mano rozara el codo de su pretendiente y el asunto terminó en otro intercambio de sonrisas medrosas. Desgraciadamente, las mujeres fueron expulsadas por Doña Remedios y a Don Hipólito no le quedó más remedio que decirle adiós a Lucía, sin ni siquiera haber desdibujado el rictus de felicidad de su boca.

Al descenso en la Habana, la interpretación de bienvenida la asume la ciudad entera que se agolpa en las barandillas del embarcadero y conduce a las mujeres a un sitio llamado *Bayona Cottage*, cuyo propietario era Pedro Echeverría, quién fuera el infante protegido de José Bonaparte, el afamado Pepe Botella, rey de España y Nápoles durante la etapa imperial de su hermano mayor, y ahora adulto vivía exiliado en la isla de Cuba, dedicado a los plantíos de tabaco y a contener la racha de los huracanes en las puertas del servicio, mediante alguna formación de mujeres gordas. Su esposa, Camila Aguirre y Beltrán, era una guapa dama de seda amarilla, aunque frágil mujer para hacer su trabajo de parto lo mejor que puede, y todavía su cuerpo no tiene la culpa de darle catorce hijos y medio a su esposo. Su madre, doña Úrsula, era una viuda autoritaria y proclive a contar chistes obscenos. La mayoría de las veces era simpática, pero en las demás ocasiones las flatulencias daban al traste con el provocativo humor. Cerrando el círculo, estaba el Capitán Juan Vicente Mello, joven protegido de Pedro Echeverría en la mejor tradición mercenaria.

Callado, pareciera el único en brindar la impresión de no sentirse a gusto con las nuevas visitas, rondándolas sin que lo notaran y disfrazado de peluquero. En realidad, ya desafiaba el gesto de impaciencia de sí mismo que inmediatamente se enamoró de Lucía al momento de verla. Paradójicamente debajo de las multiplicaciones, pretendiendo que Fernanda es todavía una niña, le prodiga en distinta ocasión una suave palmada en el trasero. Sin embargo, el sistema defensivo halla demasiado erótico el acto y terminan haciendo el amor. Por si fuera poco, se rumoraba entre la servidumbre que el Capitán había matado a un hombre con sus manos. En realidad, había matado a muchos, pero este caso fue para no morir de inanición. Aunque, gracias al tratado de Vesalio sobre anatomía humana, el canibalismo no era un crimen en España para conducirlo a la horca. En suma, este era el fabuloso grupo en *Bayona Cottage* que nunca olvidaría la primavera de 1898, comiendo dulces de azúcar hasta amargarse el paladar.

-¿Linda, sabes que existe una bóveda secreta dónde estás sentada?

Lucía apela con la mirada a la discrecionalidad de su madre para encontrar un doble sentido en el comentario de la anciana. Enseguida responde apenas con un suspiro que la música del fonógrafo disfraza de palabra.

-No

-Mi suegra dice verdad. Y nunca lo hubiera encontrado de no haberlo sabido del dueño original de la casa, el doctor Platón Luna Innocente. Él construyó la bóveda detrás de una pared falsa

-No lo creo

-Enséñale

Pedro Echeverría golpea con su palma abierta la tapicería de arabescos dentro de la cóncava obscuridad del pequeño salón.

-Justo aquí, pero primero tienes que encontrar el mecanismo oculto

-Mira bajo la alfombra –interviene Camila.

-Es hermosa

-Esta alfombra *Bruselas* fue el primer lugar donde hicimos el amor, el cuál fue un episodio memorable. Considerando que ambos estábamos comprometidos con distintas personas.

-¡Pedro!

-Precisamente allí, donde se encuentra el *gueridón* que sostiene el Oporto

-¡Pedro!

-Queríamos algo suave para apoyar las rodillas

-Vaya, romántico

-Busca una tabla suelta entre todas

Lucia hace a un lado la estorbosa crinolina y golpea con el tacón las distintas duelas de madera. No con mucha ciencia ni desenvolvimiento, pero sí con elevada excitación. El esfuerzo funciona, pues la pared abre un hueco entre trampas y manos. Pedro remueve un libro viejo del interior.

-Dios, siempre se aprende algo nuevo todos los días

-Toma, se nota que tú aprecias la literatura

-No estoy segura

-Adelante, hija. Tómallo –anima la esposa, para siembra y arte -Estoy bien segura que encontrarás los detalles sobre disecciones a cadáveres muy gratificantes

-Te daré una pista: los negros tienen penes grandes, pero su estima es pequeña.

La madre no puede evitar el bizco en los ojos e interrumpe en ese instante incendiario, que se sostiene entre dos nada, igual que los campesinos hacían uso frecuente de la cal viva para amortiguar el hedor de la compleja mixtura que es la mierda.

-Creo que mi hija se encuentra cansada de la travesía. Será mejor que nos retiremos a nuestra habitación. Lucy, devuelve ese libro.

-Por fin, alguien te pone en tu lugar –alaba Camila.

Pedro Echeverría inflama el puro a lo desusado, sopla a que estallen sus escuadrones mareados en el humo. Toma el raro libro de visitas y lo devuelve a su lugar, sin ser firmado.

-¿Por qué todo marido se aburre de su esposa?

-Señora mía, porque el tiempo todo lo vuelve rutina. La emoción decrece, el amor acaba. El misterio sucumbe tras mirarse desnudos cada noche. Por ello, el adulterio es la herejía de los cuerpos ajenos y falta de cerebro propio, debido a que somos hijos del riesgo que infunde una chispa de vida, aunque las muchas veces hiere.

-Ah, Frankenstein

Los anfitriones intercambian miradas, pues nadie desea rivalizar en agudeza con los tesoneros demonios de la división. Una risa macabra prepara su antigua fiesta por encima de sus cabezas.

-Lo sabía, nos condenamos a repetir la experiencia de Lago Ginebra

-¿Qué es esa risa?

-No tenemos idea, pero es muy contagiosa. Mira, *ja ja ja*.

-Tampoco paro de reír –comenta sobrio el Capitán.

-Yo estoy hecha pedazos, *Frankenstein*. Palidezco sabiendo que, en un acto desesperado, encuentras un contubernio con mi madre –exclama Camila y pasa frente a su esposo, declarándolo un plomo menor en la balanza.

-¿Me estoy perdiendo el diminuto banquete de la araña? –la anciana pregunta al aire, con su propia desconfianza de poder apropiarse de las sombrillas de las mujeres embarazadas.

-Buenas noches –dice la invitada a todos.

Las mujeres Castañeda de Lebrón se toman de las manos y abandonan la gran reunión. Antes de salir, la pequeña Fernanda se regresa y se disculpa ante el Capitán, que siempre fue el retrato ovalado del enredo.

-Capitán, escupí en los documentos con su despacho a Filipinas accidentalmente.

-Oh, parece que eres una niña mala. Creo que te mereces una nalgada de castigo

Una mañana, Lucía y Fernanda toman una larga caminata por el centro de la Habana. A la altura del Teatro Coliseo, la lluvia empezó a caer y las muchachas calcularon estar muy retiradas de casa para correr. El ímpetu provoca que una de ellas se lastime un tobillo. Afortunadamente para ella, y aquellos que conocen la leyenda de una india llamada Guara, un joven apuesto corrió en su auxilio. El tipo se apea de un elegante cabriolé con chofer incluido y se arrodilla al pie de Fernanda. Fuera de su moviente pregunta, viste levita y sombrero de fieltro negro. Hubiese pasado por un importante señor si no fuese por lo imberbe de su cara y lo nervioso en sus ojos. Pero aún así, las hermanas lo recibieron con la debida cortesía.

Fernanda comenta sentirse mejor. El muchacho la toma entre sus brazos y la hace sentar en su vehículo, enseguida chifla al conductor. En el trayecto, los tres sostienen una charla tonta y sin sentido que aligera la tensión. Las hermanas se enteran que su nombre es Cristóbal Colon y que el cabriolé es alquilado. Sin embargo, el impostor vive al lado de su acaudalada tía que tiene la mejor casa en el elegante Barrio del Vedado y ha dispuesto que todo su dinero y sus negocios pasen a posesión de su único sobrino al momento de su muerte. Detalle que ha venido posponiendo continuamente.

Cristóbal Colon se volvió un frecuente visitante a *Bayona Cottage*, luego Fernanda no pudo encontrar mayor oportunidad de placer cuando sus manos eran dos países, que atormentar continuamente al Capitán Mello con los celos. Además de burlarse de sus uniformes en la obscuridad del ropero, de voltear su litera a la burla tela con las palabras *faery*, pájaro, marica, joto, afeminado, *mahu*, hijra, adelaída y definitivamente desmoralizarlo al pincharle el amor propio y el trasero con la malignidad de sus tridentes en todo escape, mientras el sumiso Cristóbal tenía la rueda de un reloj para ser su cómplice. Todo era muy divertido.

Lucía no estaba de acuerdo con este juego, además de sentirse saltada. En una conversación privada, ella advierte a su hermana.

-Ten cuidado

-¿Cuidado? Solamente tú debieras actuar cuidadosa, pequeña Lucy. Tú, que te sonrojabas ante el mismo don Hipólito, cada vez que éste estaba consolado con las vivas prisiones de un suspiro.

-No lo ensucies con palabras. Reconozco que al interior de nuestra situación vulnerable, una no alcanza a ser lo suficientemente cuidadosa. Es cierto, Don Hipólito pudo

tener mal aliento y yo, tú sabes, pude aislar y rastrear el aroma de su dinero, pero nunca perdí mi sentido de dignidad.

-Yo no ando con viejos

-¿Te das cuenta que clase de hombre buscas casarte?

-Para ser honesta, el matrimonio es idea de mi madre. Yo me consuelo con ver que marchen las cosas bien

-Basta de tonterías

-Yo amo a Cristóbal y Juan Vicente me ama a mí, ¿No es divertido?

-No, toca el turno de casarme y el Capitán me parece un buen prospecto.

-¿Casarte? Puf. Al menos, ¿Has examinado sus registros dentales? ¿O analizado su letra manuscrita? ¿No?

-No hagas cosas de las que te arrepientas después

-Eso mismo te digo

La discusión terminó allí. Días posteriores, las mujeres Castañeda de Lebrón recibieron una invitación lacrada de parte del Gobernador Valeriano Weyler y su distinguida esposa, para celebrar un banquete con los muchachos del Tío Sam cerca de Villa Daiquirí, en cuyo tardeada amena *Miss “Cuba Libre”* sería electa entre las lindas damas asistentes. Por supuesto, Fernanda sale ceñida del brazo de Cristóbal, y los cuatro hicieron su presencia fuera de las murallas derribadas de la ciudad, con gran calor blanco.

El Capitán Juan Vicente Mello llegó al lugar, con diferencia de unos pasos. Mientras ya intercambia saludos con el Gobernador y sus invitados, un mensajero le lleva una nota que dice: “Urgente y misterioso recado para el Capitán J. V. Mello”. Con suma curiosidad éste abre el recado y sin darle mayor importancia al mensajero, que cae exhausto

de rodillas y muere en el lugar igual que el griego Filípedes. El anfitrión ordena a los sirvientes retirar el cuerpo de la pista de baile. Un sastre especialista en púrpura diseña la mortaja. La comidilla social espera unos segundos y reanuda su conversación. El Capitán parece no distraerse en su profunda lectura. La guerra y la paz pasan llorando con un millón de ratas grises. El Capitán sigue leyendo la nota. El sol empieza a bajar en el horizonte. El Capitán sigue leyendo la nota. La concurrencia defendiendo los flancos vuelve a guardar silencio, varios de ellos miran su reloj de bolsillo y giran los ojos al cielo. Otros, se separan en busca de otra copa. El Capitán sigue leyendo la nota. Nikola Tesla echa a andar su *Wardenclyffe Tower* en la escala de las heridas mundiales, saturando la ionósfera con descargas de voltaje y probando que el planeta es un enorme conductor. El Capitán sigue leyendo la nota. Enemigas sin sueño ante el triunfo de Fernanda I, las doncellas participantes exprimen la rosa en su copa de ron. Los ricos dan a sus perdedoras los mayores aplausos. El Capitán sigue leyendo la nota. De temprana retirada, los primeros *Duryea Motor Wagon* salen temblando entre las piernas de los *chauffeurs*. El Capitán termina leyendo la nota, confirmando ser tratado como un lector lento. El mensaje es contundente: “Encuétrame en la terraza. Lucía”.

El papel contiene su perfume.

Se dice que Carlos III, Rey de España, se asomó a la ventana de su palacio con un catalejo, para que le indicaran donde se encontraba tan raro idilio. Cuando el Capitán Mello subió a la terraza, Lucía tenía una mirada azucarada que lo consternó. Ella cerró el abanico, dio unos pasos en torno a su admirador y se sentó en la siguiente banca de mármol.

-Hola

-Conozco los aretes, te los he visto puestos

-¿Y qué te parecen? Los compró tu gran amigo y protector, Pedro Echeverría.

-¿Cómo pasó?

-El martes anterior, comimos juntos en su club e intercambiamos un par de ideas sobre quitarnos los zapatos. Después de la salazón del bacalao, nos fuimos de compras al mercado de Cuatro Caminos. Allí me tomó de la mano para caminar de puesto en puesto, saludando a los locatarios, pero fue en esta pequeña tienda de antigüedades que Pedro miró el par de aretes de rubí.

-Yo hubiera terminado comprándote un par de candelabros

-O velas.

-Yo...

-¿Sí?

-Yo quiero decirte que parto para Filipinas inmediatamente –el Capitán brinda la confesión en su más lúgubre tono, poniendo a Carlos III a dormir en definitiva.

-Oh, Capitán. Quisiera que fuera mentira, las fiestas no son las mismas sin usted.

-No puedo soportar que estos soldados americanos son traídos como los juguetes que el niño se consigue en navidad

-Deja nuestra navidad en manos de *Telegraphen Verbindungen der Erdtheile*.

-Muy graciosa. Sí, el telégrafo se ha convertido en el sistema nervioso del comercio, pero esta vez se trata de asuntos que exigen mi voz en persona.

-Antonio Meucci ya encontró un método de transportar palabras

-Madame, las futuras generaciones compararan el uso del teléfono con el consumo de plomo de los canales de agua que condujeron a la decadencia del imperio romano.

-La evolución es tan creativa y tan indulgente, mi Capitán. Ese es el modo que Dios nos consiguió las jirafas.

-Fue un placer haberte conocido, mi ingenua Lucía.

-Te pido que tengas cuidado,

-Lo haré por mi propia cuenta

-Me refiero a que tengas cuidado de no atorar tu espadín con la puerta al salir.

De todos los errores posibles en el mundo, el Capitán besó la mano de la bella dama y nunca más le mostró el rostro, afeitado tantas veces con ese espadín.

Una semana después, las mujeres Castañeda de Lebrón son invitadas a otra tertulia. Esta vez, Fernanda I se rehúsa a cumplir sus funciones reales y se encierra en su habitación. La madre y la hermana mayor se hallan confundidas por este berrinche. En estos casos, la mamá recurre al trance hipnótico por el perverso soplo al oído.

-Creo que sé lo que te sucede, pequeña. Perdiste lo que más repudiabas, que generalmente es un sentimiento más intenso sobre lo que tú amas. La partida del Capitán te dejó con un problema de almacenamiento de lo usado, por ello tú vida se halla vacía sin la antipatía que te impelía amar tus cosas alrededor.

-¡Madre, estoy embarazada y no quiero vivir más!

-Me lo digo constantemente: Los hombres son como las paletas. Dulces, hasta que alcanzas el palillo

-Tú, fuera de mi planeta –la señala a la puerta y llora.

-¿Es Cristóbal el padre? –le pregunta, ignorando la grosería.

-En la tesis de Sir Francis Galton, lo sabrían si tomaran muestras de sus dedos.

-Entiendo, es el Capitán. Mi pobre niña.

-Malditos hombres

-Bueno, has vivido entre ellos, has trabajado para ellos. Te has acostado con ellos y de ellos has recogido algunas palabras urgentes. Sin embargo, a las mujeres nos gustan los hombres desesperados. Más, si ellos nos encuentran al mismo tiempo, los hacemos.

-El Capitán es controlado como un torniquete.

-¿Pero donde tenías la cabeza todo ese tiempo?

-Mirando hacia el mar

-Creo que te dejaré descansar

Al abrir la puerta, la madre se topa de frente con el muchacho Cristóbal, que se incorpora para encontrar el paso ante la sorpresa.

-¿Puedo hablar con Fernanda?

-No se siente bien hoy

-Déjalo pasar, mamá

-Muy bien, sorprendamos por un momento a Charles Darwin y permítenos verte caminar erguido.

El muchacho sigue a la contigua ventana, que es alta y añade su sombra, donde alcanza la sonrisa de Fernanda en el remedo de un beso.

-Fernanda, no puedo ocultártelo más tiempo. Mi tía decidió dejar toda su fortuna a su gata. Yo soy un pobre diablo sin nada.

-¿Ni siquiera un techo de palma?

-Nada

-Ni modo

-Estoy apenado

Entonces el silencio tiene la llave y comprime el espacio dentro de la recámara.

Lucía piensa: Se cumplen dos meses desde el accidente bajo la lluvia y poco más de nueve semanas de embarazo, ¿Sabrá este tonto hacer sumas y restas?

Cristóbal piensa: Caray, dos meses

Lucía piensa: Mi hijo necesita un padre, puedo casarme con este tonto, pero ¿sin una dote? Cielos, esta oportunidad es mejor que nada. ¿La antropofagia en Kali Ma es una opción?

Cristóbal piensa: Esta oportunidad es mejor que nada. No, soy demasiado idealista. Ella preferiría besar un sapo.

La madre piensa: No deben hablar en serio, el tipo no se convertirá en príncipe azul ni mi hija es la caperucita roja. ¿Debo esperar un nieto violeta?

Cristóbal piensa: Nunca me gustó el ballet

La madre piensa: Nunca me gustó el tipo

Lucía piensa: Claro, mi madre está enojada. Lo veo en su cara, se siente tan culpable de leer nuestros pensamientos.

La madre piensa: Cielos, esta oportunidad es mejor que nada.

Cristóbal piensa: Malditos telépatas, un día tomaré su mente sucia y se las meteré hasta el fondo del...

-¿Colon? –Lucía da voz de alerta y disuelve el mutismo entre las partes.

-¿Sí?

-¿Me quieres?

-¿Quién, yo?

-Sí, tú. ¿Me quieres?

-¿Importa mucho?

-¿Me quieres o no?

-Supongo que sí, dependiendo a que te refieres por querer.

-Soy pobre y todos me quieren por bonita. Ahora soy una reina de la belleza y todos miran un clandestino *rendezvous*.

-¿Comparada con qué? Yo ronco y me masturbo en los Juegos Olímpicos.

-Salva los laureles, voy a tener a tu bebé

-Je, tu imaginación es demasiado creativa para los estrados locales.

-Ambos podemos seguir viéndonos regularmente, mientras escogemos un nombre

-Oye, me estás poniendo nervioso...

-Si es niño, podría llamarse Europa. Si es niña, América. ¿Qué te parecen?

Antes de escoger alguno, el muchacho sale corriendo del cuarto rumbo a Asia. La tristeza invade nuevamente a Fernanda y rompe en llanto. Cuarenta días y cuarenta noches las lágrimas fluyen, hasta que la plantación en *Bayona Cottage* es sumergida bajo el nivel de sus ojos. Los dueños salvan la vida de terminar ahogados, excepto por Doña Ursula y Camila Aguirre y Beltrán que no saben nadar con joyas. Los sirvientes llevan una jarra con el mismo líquido, pero hasta los gatos de angora se ahogan. Esto causa una profunda pena a Pedro Echeverría y se suicida con su corbata, pues los gatos exóticos son más difíciles de encontrar que las amantes.

Carta de pésame de Doña Carlota Alcudia

a las mujeres Castañeda de Lebrón.

Estimadas Damas de toda mi consideración:

Sumamente conmovida y empapada hasta los huesos, me uno a la triste noticia de la sensible pérdida de nuestros amigos, el caballero Don Pedro Echeverría y su apreciable familia. No hay palabras fuera de su legado que pueden expresar la consternación que todos sentimos en estos momentos. Quiero decir que lo siento, pero me parece más prudente dejarlo acostadito.

En mi papel de albacea y como un sagrado deber que, si bien no puede enjugar el justo duelo de sus acreedores, puede llevarles a mesarse los cabellos, cumplo con los ritos que deben durar treinta y siete días. Somos muchos los que los vamos a echar de menos. Por ello, me dirijo a ustedes para informarles que el primer rezo del rosario se llevará a cabo en la Parroquia de la Vera Cruz de cuerpo presente.

Mis más sentidas condolencias

Carlota Alcudia

Madre e hijas toman nota del velatorio, no sin antes haber leído por error el envés del recado.

Lista del mandado:

Huevos

Pan

Azúcar y sal

Arenque

Ácido bórico

Lejía

Entre todas, Lucía encuentra un alivio dentro de la tragedia, pues empezaba a cansarse de verse a escondidas con Don Pedro. Sin embargo, fue dentro de esta serie de frecuentes rezos, que Doña Carlota la presentó a su sobrina Gabriela Velvin, cuyo acercamiento la ayudó a tomar conciencia de sus propias arrugas.

-Estoy oyéndola, siga

-Solo repito adverbios, lo importante que necesitabas saber, está dicho.

Gabriela mantiene su ambición de casarse con un doctor y tener once hijos, de preferencia suyos. Ambas se hacen confidentes y en un momento privado, Gabriela confiesa a Lucía que ella mantuvo relaciones extramaritales con el difunto, antes y después. Es el lujo de los detalles que Lucía halla recalcitrante. Repentinamente, ella discurre la solución detrás del brazo izquierdo, luego toma una de las agujas de su bordado y la clava dentro de la nariz de la imparable conversadora con tal fuerza, que la mujer se hallaba muerta antes del esbozo de un nuevo color entre los agravios.

Ninguno de los testigos guardaba un especial afecto con la joven atacada, luego la explicación de Lucía, en cuanto a que el instrumento de tejido se resbaló accidentalmente de su mano, fue aceptada con feliz credulidad.

Mientras se sucedieron los juicios, Fernanda dio a luz a una niña. Sin embargo, ninguno de los padres llegó a conocerla. El Capitán Mello fue capturado por los piratas y obligado a caminar la borda de su propia embarcación. Mientras que el mozuelo Cristóbal encontró la iluminación dentro de un templo tibetano y reencarnó en chivo. Los reportes fueron tomados del Diario *El Siglo* y algunas sesiones de espiritismo, puestas de moda como subliminal rechazo a los valores victorianos. La gente recuerda solo fragmentos de todas y cada una de las vidas en boga y desventura y los numerosos tratados firmados para

mantener la paz entre las naciones. Lo que sí es digno de una novela y ser honrado póstumamente, es el regreso a México para recuperar la herencia negada a través de la justicia social promovida por la Revolución Mexicana, donde las mujeres Castañeda de Lebrón dedicaron su cuerpo y su soltería al cuidado de la pequeña Orquídea, hasta el final de sus días. *Tan-tán*.

CADAVRE EXQUIS

Su tarjeta de presentación dice: *Ignacio Oropeza*, **Metagrobologista**. Aunque la recepcionista tema preguntar, eso significa entusiasta de los crucigramas. Así, Ignacio empieza a resolverlos cuando un periódico cae en sus manos. El teléfono suena.

Por meras ínfulas, el culto del *cruciverbalismo* inunda diarios y revistas desde su primera aparición dentro del rotativo *New York World*, en 1913. Durante la Segunda Guerra Mundial, el pasatiempo fue un medio estratégico que usaron los aliados para operar códigos secretos a través del *The Daily Telegraph*, donde se incluyeron los nombres de puntos de desembarco que fueron parte crucial de la *Operación Overlord*. Ignacio se inicia modestamente en una plantilla con palabras entrecruzadas, incapaz para la filatelia. Enseguida mira poesía francesa, norteamericana, latinoamericana y así, al leer las pistas, brinda consejos a los ballesteros, con un vistazo a la frecuencia de letras. Ahora, para el desarrollo del juego, se proponen dos baterías de definiciones varias, una horizontal y otra vertical. Igualmente la plantilla está dividida en casillas blancas que corresponden a letras individuales y negras que sirven para separar palabras. La definición de los crucigramas resulta en sí una perogrullada. No obstante, su belleza radica en evitar los errores. El pasajero del tranvía le pregunta al compañero de asiento.

-Oye, a ver si tú sabes ésta: "Órgano sexual femenino", con cuatro letras.

-¿Horizontal o vertical?

-Horizontal.

-Ah, entonces es "boca".

-Por supuesto, ¿tendrá un borrador?

Envejecido en la esquina de otro verano, el número sesenta y cuatro, sin abanico para inventar el calor, Ignacio Oropeza revisó los semanarios a la venta, decidido a vestir un pañuelo como en sus buenas épocas, antes de sacar a las muchachas a bailar *Swing*. Algo en el corazón le indica una clave no descifrada con el atisbo al croquis verbal sobre la página central. Por ejemplo, palabra que empieza con jota, de cinco seis letras que significa terreno botánico, vergel. En un delirio de concentración, escribe *jardín* dentro de los cuadros. Enseguida, busca con ansias el regreso a casa para contárselo a sí mismo.

Allá en el rancho grande, las rosas lucen dispuestas a refocilarse con el mundo, los arboles se agrupan para que tus pasos no rompan la hojarasca, cantan las chicharras en tu cabeza. Uno podría pensar que se trata de la natural consecuencia del cambio de estaciones, madurando el fruto en una casa de ramas. Excepto por las lluvias copiosas que tiene el patio trasero, el soplo a tres dientes de león no podría restaurarlo. Sin embargo, Lucía entra corriendo a la sala, gritando: Mira, Ignacio, el jardín ha desaparecido.

Los dueños de la cerca al lado pierden la sonrisa, el terreno otrora cultivado con semillas duras y flores había desaparecido. Tal vez la erosión guardó un castigo contra la casona vecina, fuera de nuestro conocimiento. En lugar de los senderos arbolados, quedaban fisuras sobre el negro fango como un paisaje lunar. Las raíces perdieron segmentos de su fuerza ante su grieta, con profundidades de varios metros. Los pensiles con savia adolescente cayeron bajo los filos del escarabajo. El crucigrama en todo caso queda resuelto. Justo para establecer las conexiones secreta.

-¿Y bien? ¿No te parece una casualidad?

-Vamos hacia otra etapa. Lo humano ya está terminado

-Yo prefiero hacer el amor de pie para el álbum de familia.

-Yo estoy quieto. O lo estuve muchos años, hasta que las tarifas de la vida me abandonaron

-Imagino que tienes que volver a tomar tu medicina e irte hasta megadosis, si es posible.

-Lo concedo, aunque los restos de café al fondo de una taza, permiten al hombre saber por un instante su suerte.

-No puedo creer eso

-Vamos hacia otra etapa. Debo descifrar las casualidades manoseadas, antes de que queden fuera de control.

-Será nuestro secreto

El teléfono suena.

La ciudad le quita la mitad de sus armas, pero nunca el recodo donde las respuestas han perdido las preguntas. Consigue un nuevo crucigrama en *TVNovelas*, llevando los murmullos en zigzag entre ambas columnas. Trece vertical, palabra hebrea que significa mandamiento. Seis letras, terminando en va. La palabra es *mitzva*, dice el conferenciante acatarrado. Mitzva es el nombre del periquito australiano de Lucía. Chiquito, con su silbido pone el despertador de la vanidad y alegra los menesteres domésticos. Con todo, lo tapa por la noche. Nuevamente es casualidad la mañana que encontramos a Mitzva muerta en su jaula, entre sus excrementos y varias plumas sueltas. Pobre animal. Todos lo lloran, hasta los sirvientes. Suena el teléfono, mientras recapacito en las enseñanzas del maestro Locke, quien sostiene que si el conocimiento no se elabora a partir de los sentidos, entonces tiene que venir de algún otro sitio. Probablemente, luego dos agentes del FBI detecten y clasifiquen las huellas olvidadas en el suplemento del periódico al fondo de la jaula. Y

vendrán las preguntas. Veinte horizontal, función del acto de dormir, cinco letras. Lucía pierde las casillas antes de la hora de la cena. Tú quedas sorprendido. Preguntas si no es la misma voluntad de Dios. Pero al igual que todo artista o genio, no crees en Dios. No crees en Dios porque no necesitas sus designios, mientras concibes los accidentes. Así es el credo del artista de simple. No quedan palabras para dar consuelo.

El teléfono insiste

-Alguien conteste el teléfono, por favor

(...)

-¿Bueno?

La respuesta al cabo de la contestación es el tono intermitente de la comunicación interrumpida, pero Erika Contreras supo que estaba en problemas cuando su celular le mordió la oreja. Una dentellada superficial, no tan dura. Apenas un mordisco con pequeño radio de saliva, si acaso. La inmediata reacción es arrojar el aparato lejos de su persona y traer una gota sangre con el dedo a la vista. La tierra deja de moverse, pero la pantalla del teléfono abre y cierra su geometría perfecta con dos filas de dientes y el agudo filo de una diminuta boca de bebé, aunque suficientes para abrir una herida. En el cubículo vecino, Isabel se va de la silla.

-¿Qué sucede?

-Mi celular me acaba de morder la oreja

-No entiendo el chiste

-No es chiste, mi celular tiene dientes y me mordió. Mira

Isabel baja la mirada al sitio donde el sueño se tropieza con su realidad y encuentra la yerta ignorancia del escritorio. El aparato telefónico guarda silencio, con su extremo orden y todo el peso que soporta sobre el vomito del gato que se tragó una seta venenosa, por descuido.

-Es un modelo viejo, amiga. Siquiera cómprate un bolso que te haga juego.

- Seguro. ¿Vas a cambiar tu número, según me lo marcas?

-Santo cielo, tienes sangre en la oreja. ¿Con que te lastimaste, amiga?

-Mi celular me mordió

-Un accidente querrás decir, linda. Sin querer, pudiste haberte sacado un ojo.

-No fue accidente, el aparato me mordió

-Te creo y me conforta saber que puedo conseguirme una apasionada noche sexo con el horno de microondas alguna vez.

-Debo cambiarme el uniforme ahora. Cuida de contestar una llamada de Kaspar.

-No te preocupes. Un celular es igual a un pedo, amiga. El momento que suena, nadie sabe de quién es.

Riing, ya suena una siguiente ocasión y el tono provoca que el corazón se le encoja, aunque resulta mordaz que este celular ha aumentado su tamaño, probablemente debido al cambio de dieta. Ya no se alimentaba de crédito. La frase *esponja metálica* vino a la mente de la usuaria. Erika continuó teniendo sus succiones de sangre en cada llamada. Por otro lado, la calculadora decidió cambiar de religión y adopta el sistema vigesimal prehispánico. El capricho destroza el trabajo de una semana. Los expertos estudian la situación, pero Erika empieza a olvidar las cosas, como la precisa fecha que su novio la abandonó. Aunque

cueste creerlo, ella sabía que se había marchado, porque no pudo encontrarlo más en la ciudad. Tampoco podía precisar las circunstancias precisas de su rompimiento. ¿Fueron las peleas? ¿Las libertades ortográficas en el servicio de mensajes cortos? ¿O fueron los gustos distintos de archivos MP3? En todo caso, ya no lo recordaba.

Palidecen luces y neuronas por el comando no encontrado.

La unión libre acaba como dos baterías muertas. Inútiles, por su lado.

En la tercera mañana del lunes a partir de incidente, el reloj en la pared empieza a hablar por su cuenta. Erika no alcanza a entender una sola palabra que le dice y su tic tac le provoca dolor de cabeza, como si la oficina fuera invadida con tambores de *taiko*. Por otro lado, el sistema de ventilación requiere largas sesiones de aromaterapia, luego mantenimiento no ha cumplido su palabra. Agobiada, Erika decide regresar al teléfono convencional, pues ahora teme la radiación electromagnética que provoca la contaminación de millones de equipos en uso.

Rápido, pretende que estás al teléfono

Ahora, ¿Qué gesto haces con tu mano? ¿Supones que tu pulgar y tu meñique extendidos son eficaz contraseña para luchar contra las tarifas de larga distancia? Si es así, alto. Estas equivocado. Dicho ademán no tiene sentido. Tu mano no es el teléfono, como tampoco es la cacerola de la cocina por sostener una pluma imaginaria para firmar un papel imaginario delante del mesero, ni los cartuchos de dinamita para indicar la satisfacción de un villano del cine mudo, retorciéndote los dedos bajo el siniestro bigote de la baba.

Alto, ahora inténtalo de nuevo.

En el peor de los casos, tu mano desprograma la hielera para que se calienten las cervezas.

Raymond Kurzweil, inventor, describe en su obra *Spiritual Machines* que la actual tecnología dará paso a una época en la que se producirá una inexorable fusión entre máquinas y personas. Lo cierto es que el paradigma amaneció en la plaza desierta de la ciudad como un cuerpo astronómico, para desaparecer de igual modo sobre el vitral de callejones quebradizos.

-Prefiero llamarte Kaspar Hauser

-Alguien dijo que Kaspar Hauser era un incomunicado, cuyo zulo se encontraba bajo tierra y fue desconocido incluso a su captor

-¿Acaso no guardan juntos un asunto de pantomima?

-No, no nací con vocación de frijol.

-Monstruo gótico o semilla, nunca encontraré a alguien como tú

-Por tu bien, espero que no

-Ven, acuéstate, no pienses más en tu buzón de voz. Mi cicatriz se está secando con la ayuda del sol.

-No quiero, Erika. Finalmente, encaro el hecho que somos incompatibles. Pero basta de palabras, voy a demostrártelo.

Erika mira su teléfono móvil hundirse al fondo de la pecera, pequeña piraña. Ella ignora que lo que mal empieza, mal termina, especialmente ante una competencia feroz. Las pulgas del perro están tan bien organizadas, que si llega una nueva, la mandan a la cola. Impotente, ya mira el Motorola DynaTac ahogarse. La actual tecnología dará paso a una época en la que se producirá una inexorable fusión entre máquinas y personas, pero la mano no es el amante.

El asunto de la masturbación ha terminado.

Entonces escucha el chasqueo de labios a sus espaldas. La televisión se pasa la lengua y guiña un ojo. *Riiing, riiing*, provoca el ruido del despertador.

(...)

Había una vez una princesa con sueño tan atroz

que su cuento termina en el renglón dos, salvo

el registro *ex libris*, por ejemplo

(...)

Agosto 8, 2008: Cuando Irene sugirió un día de picnic al lado de sus nietos, Ariadna contestó que sí. El parque estaba lleno de otros niños, las palomas llenas del buche que apenas podían volar y ni les apetece voltear a las migajas de pan en tu mano. Irene tiembla con un largo bostezo, mientras Ariadna pinta. No hay mucho que hacer en Moscú sino beber, pero sus nietos saben cómo divertirse, levantando un circo de tres pistas para encontrar al culpable.

-¿Por qué has destruido mi ciudad? –Irene pregunta suavemente, casi infantil, patética -¿Por qué finges pintar un paisaje? Primeramente, no puedo pagarlo. Y segundo, no creo en las preservaciones.

-Todo el mundo tiene un método, madre. Los remordimientos son más reacios que el ir y venir de fotografías o notas sueltas para recordar las cosas. Es tonto pensar en una medicina, como quien corre a salvar un avión con las manos.

-Te conozco, Ariadna

-Me alegro, cinco siglos te busqué más quinientos años y pude recobrarte para siempre.

Irene es capaz de identificar la voz de la mujer, pero no puede reconocer el rostro de su hija. Ni siquiera puede separarla de la cara del reloj, consiguiéndose un reflejo carente de identidad, como los espejos de Alicia. Irene sufre Alzheimer.

-Escucha, no he tomado un pincel desde niña. Es importante para mí empezar de nuevo. Me gustaría mucho pintar tu retrato

-Mejor no

-Por favor

-No, no. Pinta la jungla, pinta la alberca, cualquier cosa pero no me pintes un retrato.

-¿Alguna idea?

-Ambroise Vollard, el importante galerista francés del siglo XX, encargó al pintor Marc Chagall una biblia ilustrada. Desde el renacimiento, ningún artista se había atrevido a repetir tal empresa. ¿Por qué no intentas un dibujo sin terminar para salvar la prueba de Machover?

-No nos sirve

-Mala hija

-No sea melodramática, estoy tan enferma como tú, pero el que olvida está condenado a repetir.

-Te llamabas Ariadna Ramírez, sólo para servir como *mythème* del enredo.

-Bien, supongo que estabas equivocada respecto a mí la primera vez. Me alegra que hayamos tenido esta plática, especialmente en tu diario personal.

“Todos miren esto, ¿Saben lo que es?”, pregunta el Contador.

Alguien reconoce el Diario secreto de Irene Juvenal.

-Se equivocan –instruye -el Libro Diario es un libro contable donde se recogen los hechos económicos de una empresa para lectura ulterior. La anotación del mismo se le llama asiento y es fuente de ingresos. Ahora, si buscan mensajes ocultos, lean un diccionario al revés.

Muchas veces, el Contador gusta creer que está formado físicamente de relojes de cuerda. Tic-tac. Relojes para arreglar citas. Tiempo de sobra para ahorrar unos metros de mortaja. La alarma que escucha es nueva. El abre su caja de doble fondo y así desaparecer. *Riiing, riiing.*

-Espere, ¿Dónde está la dueña? –pregunta Ariadna. Ambos monstruos lacustres se encuentran atrapados entre los fierros de una trampa, en apego al olvido de las direcciones.

-Ella está en el Hospital Sinaí, sufriendo su tercer paro respiratorio en este preciso instante. En teoría, ella no ha despertado del coma, por lo que apenas tenemos una oportunidad de sacar los lujos amontonados en su balance contable, para que los invitados puedan entrar y comenzar la fiesta de nuevo.

Hoy sabemos que hay líos que valen la pena hallar el punto de partida, pero ya no basta tirar del hilo negro en un ovillo. Agosto muere otra vez. Ariadna arrebató la libreta ajena y busca por millonésima vez los motivos del por qué el área de influencia es el francés, pero en su billonésima ocasión la autobiografía tiene el mismo trabajo del cadáver exquisito. La lectura está en los ojos del que mira.

ENCORE

El letrero de la vitrina saca los panderos a la calle: “*Se solicita pianista*”.

Un caminante aparece en la corriente del viento, arranca el anuncio y entra con éste a la taberna. El tubo neón tiene un temblor de moscardón, mientras el recién llegado lleva a cabo su rápido *origami* al duro aire y lo clava en un grito de sorpresa. Muerto quedó el bebedor de *XX Lager*, con un unicornio en la espalda y que no lo conocía nadie.

El dueño del lugar hace a un lado el cuerpo del borracho y exclama:

-¿Esto es un chiste o es en serio?

-Es en serio

-Ah, qué alivio...porque no me gustan esta clase de chistes.

-Deseo el trabajo del anuncio

-Oigamos primero que tan bien tocas

El tipo se sienta al piano con mantos rojos y emprende la más hermosa balada que el recio gerente haya oído. Las lágrimas corren de la mejilla del hombre al caer la nota final.

-Hey, esa es una melodía muy bella, aunque me parece nunca haberla escuchado antes ¿Cómo se llama?

-Ah, es una canción original que compuse. La llamo “*Guardo bajo el sombrero el condón disecado con los jugos de tu coño y no consigo sacarte de mi cabeza*”

-Oh, que interesante –contesta el gerente, enderezando la postura -¿Tiene alguna otra? ¿Algo clásico?

-Por supuesto, soy un compositor prolífico, barroco.

El pianista voltea al teclado y empieza a improvisar un *solo* de jazz, mucho más auténtico y fulminante que la primera pieza.

El corpulento *manager* nuevamente se siente arrebatado en sus sentidos, poseso en los nardos febriles del *Sol* sostenido.

-Caramba, es usted un artista de primer orden. Ha sabido conmoverme con ese ritmo emulativo, aunque nuevamente me parece desconocida la pieza.

-Es composición mía también. La llamo “*Qué gracia me hace cuando reclamas que tu vida se va por el escusado, que me cago encima de la risa, Suite en Si bemol*”.

El manager se rasca la calva.

-No sé, amigo. Mire, lo voy a contratar, pero con una condición: nomás no le diga a mis clientes los títulos de sus canciones.

El músico acepta y esa misma noche abre el espectáculo. El lugar está lleno de ruido y humo en la admiración de una sabiduría juerguista, pero paulatinamente va guardando silencio en la medida que los justos acordes atrapan el interés colectivo. El pianista todavía desconocido termina por recibir una ovación de pie al final de la segunda interpretación.

Luego de una hora ininterrumpida de aplausos en baile colectivo y agitar de pañuelos y servilletas, el músico anuncia:

-Damas y caballeros, voy a hacer una pausa de quince minutos. Mientras tanto disfruten su bebida y las muy raras mezclas de brindis y otras alusiones que a mí se me hacen patéticas.

Dentro de lo tradicional, el tipo va al baño. Orina plácidamente mirando al techo y sale olvidando cerrar su cremallera. A mitad del camino al escenario una hermosa mujer lo detiene y le dice:

-¿Te sabes dando vergüenza con la bragueta abierta, que nada me gustaría más que ver a dos fornidos cargadores levantarte en vilo de los calzones a lastimarte bonito?

-¿Qué si me la sé? Hombre, si yo la escribí...

-Mira tú, el local indicaba “Libre admisión” y está hasta el tope. Sin embargo, disfruté mucho tu actuación y pienso que eres el guitarrista más sexy que haya conocido.

-Soy el pianista

-No importa. Me gustaría llevarte a mi casa y brindarte la más loca noche de sexo que hayas tenido.

-La última mujer con la que salí, me enseñó que un admiradora nunca se enamora. Lo podía adivinar por el modo cortante que me pidió su dinero.

-Entonces, mi guitarrista, ¿Cuál respuesta me tienes?

-No soy el guitarrista. Los guitarristas hacen cantares populares, enturbian las coplas del corazón.

-¿Qué te pasa? Pareces deprimido, realmente.

-Mi mujer me dejó porque dice que soy un perverso que sabe gramática.

-¿En serio? Mi marido me abandonó porque dice que soy una esposa infiel y una ninfómana, con la sonrisa digna de Mesalina.

La mujer suelta la baranda como bailarina mortal y cae en la unión de dos palabras serias sobre el tema.

-Hey, parece que ambos tenemos algo en común. Luego entonces, ¿Qué tal si te llevo a mi casa y vemos que sucede entre dos adultos sin posible sosiego?

-Me parece una gran idea. Nomás le renuncio al dueño del lugar, sencillamente por educación.

-Mmm, espera a darte una sencilla lección sobre fiesta atrevida

La mujer quiere hacer cosas surrealistas, pero falsas, hechas con la inteligencia, que es incapaz de hallar lo que halla el instante. A pesar de todo, ella asume la humillación erótica en la tradición del *shibari*, palabra japonesa para el arte del encordamiento del cuerpo humano. Antes gusta identificarse con el atavío de la escena sadomasoquista. Para ella, el tipo de ropa debe estar basado en el látex, el cuero y el metal. Y acaba por incluir elementos de connotaciones abiertamente fetichistas: corsé, medias de rejilla y ligeros, botas de tacón alto, bustier transparente, collar de sumisión con adornos de abalorios, tachuelas o incluso campanillas para llevar en público y las muñequeras de cuero con púas y el antifaz nulo de ser espectador de su propia persona. En la mano derecha, el pequeño látigo de colas es el dolor poético y a éste se atiene. En la mano izquierda, la manija abre lentamente el único sitio adonde se espera durante veinte minutos con la seguridad de ver salir la más deslumbradora belleza dominatriz. El momento que pone sus ojos en las esposas de acero, el invitado da un puntapié al sofá de sala, buscando la salida.

-Oye, ¿A dónde vas? ¿No te picaban los dedos por hacer algo depravado?

-No pude esperar. Mejor me cogí a tu perro *schnauzer* y sus cuatro crías, luego me cagué al exceso dentro de tu bolso Prada de imitación y ahora me voy a fumar una bacha de mota en sucesivas bolsas de plástico, mientras mantengo el esfuerzo psíquico de suicidarme.

-Interesante, aunque me suena a plagio de otra canción

Encore.

NEMESIS

La vida es una suma de destrucciones.

De acuerdo con varias religiones orientales, el karma sería una retribución cósmica o una ley invisible de causa y efecto inmensurable que se deriva de los actos de los seres vivientes. El sustantivo sánscrito *karman* significa acción, donde toda buena y mala intención, toda bella cosecha y envidia del subsuelo tiran de bruces al mítico Triptolemo y la celeste unidad de las sucesivas reencarnaciones queda condicionada por los actos realizados en vidas anteriores, pero Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera no cree en tal cosa llamada “recompensa divina”. No señor, el universo no es benigno ni maligno. El universo simplemente existe y las mágicas ondas de existencia se hallan ocupadas por mantener el orden, a pesar que las cortes y tribunales en la tierra abominan la boca que se pronuncia por el entusiasmo del linchamiento. Hago esta advertencia porque la forma es lo primero que toca a las muchedumbres y sus conciencias insinuantes. Cuando era joven, el grupo *Radiohead* tocaba una canción titulada “Policía del karma”. Aunque la canción advierte al pusilánime sobre la asamblea de las pálidas indolencias, Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera es un fuerte creyente de la filosofía de que uno debe joder antes de que te jodan.

Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera ha diseñado y construido un nuevo baño para Germán Lastra B., un hombre jubilado del pulso acelerado del mundo y transformado en mago, es decir, en músico compositor con sesenta años y la ingenua creencia de vivir con su cheque de pensión. Marco Tulio ha incumplido las cláusulas originales del contrato, ha escatimado el pago del adelanto por material de baja calidad, por ejemplo, consideró la

instalación de cañería con PVC de origen chino en lugar de tubería de cobre, o al menos galvanizada. Igualmente ha substituido el azulejo por repellado rugoso con pintura y dando oportunidad a los abultamientos de aire durante la aplicación y, por si fuera poco, la mano de obra adolece de honestidad, responsabilidad y puntualidad con el empleo de sombras desesperadas del charco de cuijes. Finalmente el contratista entrega a su dueño un baño que hace preferir las letrinas de un gulag. Ese fue el primer error.

Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera concibe al hombre como arbitrio de perpetuas parias, luego un rápido repaso a la factura surge un cargo extraordinario de trece mil pesos sobre la percepción instantánea y evanescente del presupuesto inicial. Ese fue el segundo error.

Germán Lastra B. hace una llamada de emergencia a Marco Tulio ante la primera gotera. El tono de su voz es calmado y hasta apenado, como si las preocupaciones fueran más íntimas que domésticas. Germán es un hombre educado. Él solicita al contratista que regresen al punto de partida y resuelvan diferencias. Marco Tulio ríe abiertamente y clava la siguiente frase con la tachuela del sarcasmo diciendo “que su trabajo es de calidad y está terminado y que le ponga como quiera”. Ese fue el tercer error.

Una sociedad que reconcilie las dos direcciones antagónicas de la causa civil le da la razón a Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera, pues el modelo romano es un antecedente valioso en el perfeccionamiento de la pesada del cobre y la balanza y la presencia del *librepiens* y de los cinco testigos. Legalmente, Marco Tulio estaba a salvo. Ninguna demanda o denuncia prosperaría en su contra. Más, en el plano ético, el asunto era una voluntad interrumpida del obligado que contestaba *spondeo*, pero ni siquiera las noches de insomnio rondarían su cama por ello. En resumen, Germán se quedaba con un baño

inservible con bidé, lavabo de pie e inodoro siempre en ebullición y cuya albañilería asoma terribles erupciones. En la hora de evacuación, el inquilino se da a la tarea de armar su propio microscopio con los rollos de cartón del papel higiénico para localizar las fugas de agua de la silicona. En vano, intenta cortar las llaves de paso.

Germán Lastra B. solicita la reparación nuevamente.

Durante treinta intentos estériles, Marta Liza, la esposa de Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera, que a menudo fungía como secretaria, precisamente las veces que el matrimonio se trataba de ahorrar las cuotas del Seguro Social sobre el sueldo de Gina Montez como la albina señorita jirafa, toma el recado y lo estira hasta el punto de su bella mentira.

El caballero insiste en su súplica, aunque tenga la atención de una voz no esperada.

La mujer mastica chicle, se revisa las uñas. Ella ha escuchado el mismo lamento muchas veces. Casada con Marco Tulio por once años, ha aprendido que no cabe la soledad del hombre ni el canto de los amigos, sino apenas esta provocación a la colmena y a las avispas que la otra persona se lucubre.

-Mire, señor Lastre, ¿Qué quiere que yo haga? Ya le pase su recado y no me responde nada, porque así es desde que lo conozco. Además yo tengo que hacer comida y lavar ropa. Él se comunicará con usted, tarde o temprano.

-Usted es su esposa. Debe saber que me robó.

-Escuche, señor como se llame, no tengo por qué escuchar esto. Voy a colgarle

-Señora, quiero decirle que soy un jansenista, o sea, una persona que cree en la predestinación y sostiene que el hombre, aunque depravado, no puede resistir la gracia de Dios y...

Una mitad desvela y otra mitad deja caer el auricular en su lugar sin permitirle terminar el argumento, mascando chicle y volteando los ojos al cielo. Nuevamente, Marta Liza ni siquiera se molesta de guardar el recado a su esposo.

Y ese fue el peor error de todos.

Los electrones danzan. Los espíritus se cristalizan. Puesto en las palabras del poeta Gabriel Fuster, recordamos: *Ningún copo de nieve se hace responsable en la avalancha*. El mapa es trazado en un campo dominado por lo macro, que por calca artificial termina pisando sin ver a todo lo que no está en su escala. El bien genera bien, el mal agobia al mal. Así como se caza a los pájaros con flechas hechas de sus propias plumas. Marco Tulio conduce su rojo quemado Mustang 1966 convertible totalmente reconstruido a la gasolinera. Frente a la bomba de gasolina Premium, deja que los últimos acordes de Radiohead suenen en su estéreo antes de apagar el motor. Cuando el despachador se acerca a la portezuela, Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera se levanta las gafas oscuras y le pasa las llaves del tanque.

-Lleno, por favor

-Lo siento, pero no le puedo vender gasolina.

-¿Por qué no? ¿Se les acabó?

-En lo absoluto, la pipa nos acaba de surtir combustible.

-Mejor, llénalo con Magna

-No puedo venderle de ninguna gasolina

-¿Qué carajos, pues? ¿No están en servicio?

-Sí, señor, pero estamos del lado de Germán Lastra B. en su injusticia.

Marco Tulio se queda mudo unos segundos. Supone que escuchó otra cosa y su mente lo traicionó. No lo comprende, él ha cargado gasolina en este establecimiento durante ocho años y nunca tuvo un acto de racionamiento, ni siquiera en la gran carestía de patriotismo para frenar la nacionalización de PEMEX. Además, nunca hubiera creído que Germán Lastra B. fuera tan popular.

-No entiendo de qué me hablas

-Lo siento, no hay gasolina para usted

Marco Tulio baja de su auto y empuja al trabajador, que mantiene las manos dentro del overol.

-¿Qué te pasa, pinche pendejo? ¿Qué es este Germán Lastra de ti? ¿Es tu pariente? ¿El nuevo dueño del lugar, o qué chingados?

-No, señor, ni lo conozco –responde y se da la media vuelta.

-Ve, chinga tu madre y no me sirvas nada. Me voy a la siguiente estación.

Desgraciadamente, en las siguientes seis estaciones tampoco recibió el servicio. Entonces el auto se detuvo por falta de nafta y Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera tuvo que empujar la unidad hasta estacionarla contra las vertebras enormes de los Andes. No por completo. Maldiciendo entre dientes, coloca la marcha en neutral y junta el culto de Hércules al culto de la fuerza del viento para empujar un camión, mientras la mano derecha dirige el volante. Ubicado en el estacionamiento de Wal*Mart, ya empuja y empuja con todas sus fuerzas y una sílaba larga con imitación de segunda arpa se impone a espaldas suyas. Marco Tulio oye el desagradable sonido de tela que se rasga. Su pantalón *Dockers* talla W34L32 se había roto por la costura posterior, asomando los calzones. Entonces surge un bostezo de fuego, ¿Ahora qué putas madres me carga? No era una pregunta, sino una

imprecación. Así, sudorosa, hinchada, suficientemente audible por encima de los toques de claxon. El frenético ejército en marcha de los automóviles en busca del primer semáforo del mundo y rebasándolo en el boulevard Ávila Camacho. Un Datsun azul aminora la velocidad y pasa demasiado cerca de sus pies que el espejo lateral provoca estar tirado por los caballos de la gracia operante. Al mismo tiempo, una mujer gorda baja su ventanilla y pronuncia su coro de amenazas, de airadas protestas, de sordas explosiones de monóxido de carbono. Marco Tulio sólo alcanza a escuchar: “Por Germán”. Finalmente, Marco Tulio gira en sí y rastrea las barras de fuerza de señal con el teléfono celular y maldice. Tambores remotos, insistentes, al atardecer, aceleran su ritmo, anticipan la eternidad del hombre abandonado, con el teléfono móvil abierto en pico como un pájaro hambriento. Sin muestra de pudor, inhala bríos y repite la operación de propulsión con el cuerpo en medio del tránsito.

Un punto de inflexión es aquel –para la geometría- en el que una curva cambia su sentido. El lugar preciso en el que una traza que viene, por ejemplo, curvándose a la izquierda, pasa a doblar a la derecha, se saluda con la tangente y se despide para siempre. Así, en las normalmente rutinarias circunstancias de una vida, suelen aparecerle las alternativas: Un muchacho crea dos universos paralelos cuando recoge una piedra en el camino y su elección conduce a la fundación de la utopía ejemplar desde el momento que levanta un guijarro con propiedades magnéticas y lo motiva a convertirse en científico. Una mujer que vive serenamente su matrimonio con un esposo celoso, recibe la sorpresiva visita de la vendedora de Avon que descalabra todo en el castillo sitiado. Marco Tulio *El Garramuno* Aguilera camina seis kilómetros para llegar a su oficina, considerando el auxilio vial de

Ama, la Asociación Mexicana Automovilística, S.A de C. V., con cobertura a nivel nacional, las 24 horas del día y los 365 días del año para asistencia de grúa y asesoría jurídica sin costo, pero unos brazos más poderosos que la confusión general le provocan los martillazos con que el desquite está labrando la corona de hierro para su cabeza de rey. *¡Maldito Germán Lastra B., innominado mil veces!*, cavila.

Al llegar a su destino, descubre con sorpresa que no hay nadie en la oficina. Ni clientes ni personal. De hecho, el cancel de cristales se halla abierto como franca invitación a los ladrones. El aire acondicionado escapa. Gina Montez, la recepcionista, no estaba en su escritorio cotidiano de seriedad gastada en los cigarros, los maestros de obra y palabra a su profunda libido tampoco. Ni siquiera, Marta Liza, su amada esposa, que a menudo fungía como secretaria, precisamente las veces que el matrimonio se trataba de ahorrar las cuotas del Seguro Social sobre el sueldo de su empleada. Sin embargo, ella le dejó una nota: “Pensaste que nunca me iría, ¿eh, inútil? Para el momento que leas esta carta, ya habré estado en el banco y vaciado toda tu cuenta. No trates de encontrarme, no te lo recomiendo, me fugué con un exconvicto por asesinato. Adiós, puto”. Cualquier fontanero vulgar sabe que los codos son los lugares de la cañería donde más se acumula la inmundicia. Son puntos de acumulación de materia dramática, de momentos transicionales, de famélicos dioses que piden agua. Marco Tulio no sabe si reír o llorar, pero si hace todo lo que tiene que hacer, más todo lo que quiere hacer, más todo lo que debería, sin olvidar todo lo que hace que no debiera, más todo lo que hace que no quiere hacer, si lo consigue, habrá disfrutado tan poco de lo que quiere hacer y haciendo lo que no quiere, que dejará de merecer la pena hacer todo lo que tiene que hacer, para poder disfrutar después con lo que hace. La migraña lo invade y toma asiento con su pantalón roto.

Señoras y señores: mi vida no podría haber sido de otra manera. Mala suerte es esta de bailar en un solo pie sobre el alambre de la luz. Yo alumbró esta esquina los miércoles hasta que dice el doctor que todo esto es mal de los nervios, luego seamos escépticos en el nombre del átomo. Dos preguntas aún, amigos míos, antes de terminar. ¿Quién diablos turba el silencio? ¿Habrá de acabar esta locura?

Ahora se abren telegramas que llegan a los quicios a hacerse hojarasca.

El primer sobre contiene un aviso de Banco Santander-Serfín que lamenta informarle que su solicitud de tarjeta de crédito ha sido rechazada por omisión de referencias comerciales. El segundo sobre contiene la renuncia del licenciado José Antonio Durand para representar sus intereses por los tres momentos circulares del *Habeas Corpus* y en la misma lo invita a postular su propia defensa en la siguiente audiencia del artículo 21 a celebrarse el día de hoy en punto de las 2 de la tarde. Marco Tulio *El Garramüño* Aguilera voltea al reloj de la pared que marca las 2 de la tarde. ¿O acaso se había detenido misteriosamente? El tercer sobre contiene un aviso de Scotiabank-Inverlat notificándole que su esposa retiró todo el dinero de su cuenta de ahorros y no soñó que lo hizo, puesto que su firma estaba autorizada. El cuarto sobre lo remite Laboratorios Deschamps y contiene los resultados de su examen: seropositivo. El quinto sobre contiene un requerimiento del SAT, por donde sale y entra una multa de trescientos mil pesos más recargos y los intereses moratorios sobre los últimos cinco años con descaradas retenciones del IVA y que únicamente buscan el primer doblez en una esquina de la forma FMP-1 para permitirse practicar una auditoría a sus libros contables, si es posible al principio de la era de bronce.

El resto no se molesta en abrirlos. No le interesa saber si se trata de su propia esquila en el sexto telegrama, o si un chantajista lo alerta que la directiva 61 del TPIY, o Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia, de la Haya, lo ha reconocido como Radovan *El Garrapato* Karadžić, un psiquiatra con varios alias que ostentó el cargo de Presidente de la República Srpska y personalmente responsable de la limpieza étnica de bosnios y croatas tras el colapso de la Yugoslavia, cuando la caída del viejo comunismo y la compleja combinación de factores económicos y religiosos a la muerte de Josip Broz Tito, provocaron la independencia de Eslovenia, Bosnia, Herzegovina, Croacia, Serbia, Macedonia y Montenegro. Adicionalmente al retrato del monstruo recordado, se le acusa a nivel de comando de iniciar el sitio de Sarajevo, llevado a cabo por las fuerzas serbias de la autoproclamada República Srpska delante del pentáculo del Ejército Popular Yugoslavo, pero ya sin misterio, y de ordenar la masacre de Srebrenica, una zona declarada previamente “segura” por las Naciones Unidas, vencedora de los aforismos de la paz. No, no le preocupa el inicio de la cacería humana en la coincidencia de los peinados semejantes. O que el Servicio Sismológico Nacional de la UNAM se complace en informarle que el epicentro de un terremoto de 8.5 grados se ubica precisamente en las coordenadas de su oficina y que se espera que en los próximos minutos su negocio se hunda en un profundo abismo hasta el centro de la tierra, pero antes ponga especial atención al telegrama número 12, donde se halla el aviso que le hace Aseguradora Monterrey respecto de la cancelación de su póliza de daños.

El hombre abatido empuja la sobreabundancia de correo dentro del primer cajón.

El minuterero es un reflejo de lujo. El reloj en la pared definitivamente estaba detenido.

El calor aumenta. La electricidad sufre adelgazamiento, persiguiendo a la chispa saltante, desde que el aire acondicionado entra en corto circuito.

El teléfono comienza ajeno al final del juego. Por supuesto, al levantar el auricular, la comunicación estaba muerta.

Tales cosas no suelen acaecer sin permiso en el dominio decorado y en el de extramuros. Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera permanece sentado en la obscuridad, discurriendo pensamientos mortales en contra del *jijodeputa* German Lastra B., como su oblicuo aguafiestas.

La primera sacudida del movimiento oscilatorio gana la bisagra de sus rodillas en dos direcciones. El techo descendente, las paredes de cristal, los diplomas enmarcados caen encima de las sucesivas coronas de hierro durante su agotamiento y el sismo se traga por completo toda segura caída en el desfiladero.

Ignorante de la confluencia en la resonancia de emociones, Germán Lastra B. se esconde en su casa. El recuerdo de las manos atadas mata a nadie y le dedica un minuto de silencio. La guitarra descansa a un lado de su silla. Él ha tocado algunos acordes por la mañana, buscando distraerse, jugando que tiene un concierto y se emociona con los aplausos del público, pero el cuarto de baño está inundado y el nombre del responsable vuelve a interrumpir la inspiración y las tripas se le encogen.

Los electrones tañen. Igual las emociones.

Uno puede sentirlo: En las *vendettas*, o peleas de sangre, llevadas a cabo a lo largo de un tiempo por familias o mafias recompuestas; En el asesinato vengativo, o *katakiuchi*, que mantenía el honor del clan en el Japón feudal; En la pena capital, en uso y desuso en

muchos gobiernos, que contiene el derecho moral de ajustar cuentas en nombre de la sociedad; En la ley del tali3n, que reclamaba ojo por ojo y diente por diente, mencionada con claridad en el libro 3xodo 21: 24, del Viejo Testamento, y en el desaf3o de los duelos, muy extendido y capturado en reproducciones de la pintura flamenca, que igual tratan de limitar el da3o permitido en las ejecuciones por propia mano.

Los detractores interpretan este haz de energ3a ecum3nica, diciendo: *No tengas miedo de tus enemigos, pues ellos solamente pueden quitarte la vida, m3s no tu alma. No tengas miedo de tus amigos, pues ellos solamente pueden traicionar tu confianza, m3s no tus secretos. Mejor teme la indiferencia que en la otra ronda mayor permite a los asesinos y traidores caminar impunemente por la tierra.* As3, seis billones de gentes ta3an a los asesinos y traidores en el planeta igual que Germ3n Lastra B. arrinconados en su miseria, la guitarra olvidada, el dolor que no cede y la impotencia devorando sus entra3as. El ta3ido silencioso

El tel3fono timbra.

Germ3n Lastra B. no se mueve de su lugar. El tel3fono timbra cerca de su alerta que gusta de quitarse la capa con una reverencia, pero su cabeza escucha constantemente el reloj del pasillo haciendo tic tac. El despertador de su cuarto. Van a destiempo. Pasan las horas y sus sonidos nunca se mezclan. El tel3fono timbra nuevamente. Pasa una mosca, se cuela en su 3ido y sale del otro lado. La luz va desapareciendo por el suelo, como agua derramada que despu3s de un d3a de sed, vuelve a la botella. Y sigue all3 sentado, sin ganas de moverse. Dolido, tumbado y sordo. El tel3fono timbra m3s veces de lo que es posible ignorar.

-¿Bueno?

-¿Señor Lastra, es usted?

-Sí, él habla. ¿Con quién tengo el gusto?

-Luz del Alba Velasco. No he tenido noticias tuyas, respecto a mi guitarra, ¿Ya la afinó? La necesitareé la próxima semana para tocar *Malagueña* de Ernesto Lecuona, ¿lo recuerda?

Germán Lastra B. lo había olvidado.

-Mil perdones, señora mía. No está usted para saberlo, ni yo para contarlo, pero surgió un problema el momento que se ocurrió renovar mi baño, pues, mire usted, el contratista ha incumplido las cláusulas originales del contrato, ha escatimado el pago del adelanto por material de baja calidad, por ejemplo, consideró la instalación de cañería con PVC de origen chino en lugar de tubería de cobre, o al menos galvanizada. Igualmente ha substituido el azulejo por varias capas de estuco y dando oportunidad a los efectos de la humedad de concebir un tardío fresco renacentista y, por si fuera poco, la factura incluye un cargo exagerado de trece mil pesos sobre el presupuesto inicial. Los días siguientes, quise ser diestro natural y consolar mis derechos, pero la Procuraduría Federal del Consumidor se mantiene de brazos cruzados.

La mujer escucha la excusa de manera estoica.

-Lamento su tragedia, pero no quiero convertirme en otro eslabón en su cadena de injusticias. Yo tengo un lema: Si el mundo te da la espalda, agárralo del culo. Vamos a hacer algo, cambie las cuerdas de nylon por alambre y paso a recoger mi guitarra mañana.

Germán Lastra B. no toma a ofensa el comentario. Él lo entiende perfectamente: La mujer había dicho algo que el protocolo hubiera calificado *déplacé*, pero obviamente ella

estaba molesta y quería fijar su postura tan firme como lo requiere ser sentida mediante una bofetada con guante blanco

-La tendré arreglada hoy mismo, señora Velasco. Se lo prometo.

-Gracias

La mujer cuelga.

Ignorante de la confluencia en la resonancia de seis billones de gentes, Germán Lastra B. se esconde en una siesta, con la cabeza entre sus manos, mientras dos electrones chocan.

Es necesario también que esta batalla se cuente en este libro. Ocho días después, Marco Tulio *El Garramuño Aguilera* se recarga contra una pared del callejón de *Cuatro Ciénagas*, donde ni siquiera las prostitutas vuelven a rondar el silencio de la madrugada, para comer en escaleras de cartón y alejado de los perros que tiran de las cáscaras de la papa donde cuelga el bote de basura. El almuerzo se descompone de manzana alambicada en hormigas, pero advierte que se ha perdido un delicioso ciempiés y arroja el pedazo de fruta podrida e incomible al fondo de esa atmósfera ruin y minúscula. Marco Tulio *El Garramuño Aguilera* pesa 15 kilos menos. Su barba es de una semana sin rasurar y las ropas están sucias y convertidas a harapos. Camina descalzo porque los zapatos le fueron robados durante la noche de sueño en el parque, mientras su corazón sonámbulo se pone a andar sobre las azoteas, detectando los crímenes en contra los que se duermen. Los ojos los tiene rojos y ha desarrollado una tos seca, que se agudiza ante el pretexto de no poder respirar bajo el agua. Las cicatrices de su corona de espinas lucen infectadas. Si pudiera ponerle una resignación al destino, le pondría la suya, de una vez que me dijo: *Corta por las coyunturas siempre.*

Desde el tercer día, Marco Tulio trató de ponerse en contacto con Germán, suplicarle que detuviera la pesadilla de esa vigilia. Que con gusto le arreglaría su baño. No, que le levantaría una casa nueva, una mansión, un palacio, *lo que fuera*. Que le reembolsaría a los trece mil pesos con dinero o felaciones, pero por favor, pusiera un alto. Alto.

Pero Némesis intervino. Nunca pudo comunicarse con Germán. La primera vez, fue arrestado por la Policía Federal Preventiva que sigue de cerca a una importante red de contrabandistas y tenía las pistas de un Ford Mustang 1966 convertible totalmente reconstruido y cuyas placas no siempre coinciden con la base de datos que guarda Tránsito del Estado sobre vehículos robados, luego del reporte ciudadano respecto de un automóvil con semejantes características, abandonado en el estacionamiento de importante *supercenter*. Más en el último momento, los federales prefirieron vestirse de héroes logrando la captura del fugitivo Radovan *El Garrapato* Karadžić, ahora encubierto como un poeta llamado Gabriel Fuster, que al mismo tiempo cortejaba a una cajera de senos grandes y lenta fila, en lugar de un ladrón de poca monta, luego Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera escapa. La segunda vez, fue alcanzado en un muslo por un toro de la cerrada de las fiestas de la Candelaria. La tercera vez casi logra tocar a la puerta, pero un poste electrizado, en el arco de alto voltaje golpeado por un tamborilero asustado, rueda por los árboles en los días de lluvia, cuando la lluvia pone su gusano sobre las hojas y el repentino arco iris quiere saltar la cabalgadura del gusano y no puede, jamás. Retrocede y no puede. Inmediatamente supo que no había remedio, que su devenir era inercia y estaba condenado.

Se recuesta como el buda dorado en Wat Po, esperando el fin. Pero tampoco éste sería fácil. El griterío de un nuevo poblado de seis billones de gentes tiene que caer en su

embudo, penetrando una sinfonía de increíble complejidad. Las estaciones se hacen paralelas y el zodiaco comprime la cámara secreta. Libra se contenta con el escorpión cenital. Cuando Marco Tulio agoniza, Ofiuco y Cetus aparecen, obstruyen, tocan, se adelantan a la muerte, pues una ola suave de piedad se pierde en los versos comunicantes hasta el cuarto de baño con los malos olores del dolo y el engaño. La última rata arrastrada por el rabo, contorsión mostrada por el desagüe. La miseria escondida en ese cuerpo siniestro, hasta ayer el primer heterónimo y ahora pesadez de sus fragmentos que se hunden gimiendo, bajo los escobazos del desprecio. Ahora que estás muerto, por mucho que te canses, no podrás cambiarlo un ápice. El que obra mal, se le pudre la cola.

El preciso momento que Marco Tulio *El Garramuño* Aguilera murió, Germán, inadvertido del efecto que provocó en escalada, gira las manijas del lavabo, comprendiendo la magnitud del daño. Reparar lo irreparable es imposible. Lo conveniente es construir un nuevo cuarto en otra ala de la casa, cosa poco probable de llevar a cabo por la falta de espacio. El peso mexicano está firme y el desarrollo del país es ascendente, pero Germán Lastra B. pasa de largo con la amargura a cuestas. Era un terrible cuadro para ver.

El teléfono timbra

-¿Sí?

-¿Señor Lastra? Es Luz del Alba Velasco, nuevamente. Oiga, lo estuve esperando todo el día de ayer como acordamos. No pude participar en el recital por su irresponsabilidad. ¿Sabe qué? Tenga mi guitarra a la mano porque paso a recogerla, esté arreglada o no.

-Muy bien, señora

La realidad es que estaba tan resfriado, tan mareado como una peonza para aún ser cortés.

-Ah, pero la cosa no se va a quedar nomás así. He descubierto que usted es una persona poco confiable y perversa. Sepa que tomaré las acciones legales en su oportunidad, pero yo creo que sí existe una justicia divina, donde usted tiene que pagarlo con creces.

-Sí, sí, claro.

Cuelga debido al seco adiós al otro lado de la línea y se queda meditabundo.

Las emociones tañen. Igual los electrones.

Lo mismo que una guitarra, Germán Lastra B. repasa seis billones de cuerdas de enemistada consonancia, seis billones de cuerdas entretejidas con morbo especial para la caja plana de la felicidad y la desdicha. Y seis cuerdas plurales de nylon para la canción de la vida, desafinada.

MI ABUELA CON VESTIDO DE NOVIA

Para su completa aprobación: un cuadro que tiene que ver con el tiempo. No los puntuales horarios compelidos a la llegada y partida de los trenes, sino ese efecto *puer æternus* o juventud eterna, esa unión de dos palabras que uno nunca supuso que pudieran juntarse, y que forman algo así como un misterio; y cuanto más se las pronuncia, más sugerencias acuerda. Por ejemplo, cuando alguien menciona a Ponce de León, uno automáticamente lo relaciona con el hallazgo de la fuente de la juventud. Después de todo, su búsqueda lo llevó a desembarcar frente a las costas de Florida, el mismo lugar que los nativos daban a llamar *Bimini*, haciendo hablar las yerbas. Del mismo modo, la curiosidad nerviosa de Alberto Einstein revisa la hipótesis plausible para evadir el envejecimiento en un acto, mediante la paradoja de los gemelos, como si la fuera a regalar. Tal paradoja de los gemelos es un experimento que involucra a dos hermanos idénticos, uno de los cuales es enviado en un viaje redondo al espacio sideral. Debido a la dilatación que sufre el tiempo en la teoría de la Relatividad, el hermano viajero experimenta una bifurcación en el ritmo circadiano con relación al hermano que lo despide en tierra, divergente, y consiguientemente, conservando una juventud lo más cercano a la eternidad. Que se repita la eternidad. La discusión del cuadro de Alberto Fuster de 1899 intitulado “Mi abuela con vestido de novia” que nos atañe es enteramente nostálgica. El argumento se mueve de ida y vuelta entre el pasado y el presente, pero permite la colocación de los personajes a pesar de la dispersión, al punto de reinventar el *happening*. La clave de este recurso experimental desata un tiempo subjetivo distinto al habitual, sin otro propósito que revelar las intimidades vueltas públicas entre dos personajes atrapados inexorablemente en la recurrente comedia de enredos con un final

inesperado. A partir de este resumen cualquiera que lo lea no necesariamente podría conjurar una historia de amor en escena, pero es precisamente de lo que trata. Simultaneidad en la simultaneidad. Como la mariposa monarca, teniendo tiempo se puede estar en dos lugares al mismo tiempo.

El tiempo no es otro que el año de 1942, único año con tres ocurrencias en collafobia. En el andén, Marie despide a Alberto con un beso y le ajusta la corbata. Crónica de un largo viaje en tren a México. La ley de la relatividad opera para los observadores. La corbata es mal anudada.

-Por lo que más quieras, ¡No se te ocurra pasarte de listo con Don Faustino!

-Marie, ya no soy un niño

-¡Ni me hagas soltar una sarta de palabras que no pienso repetir!

-Lo siento

-¡Ay Alberto, necesitamos este trabajo! ¡Nadie sabe que nos depara el '42 con la guerra encima!

-Todos tenemos miedo

-Además, mi familia no simpatiza mucho con la idea de que me despose con un coleccionista de mariposas

-Tu familia debiera de hacer a un lado el rencor social y estar agradecida con el beneficio de la congelación de rentas que ha decretado Ávila Camacho.

Marie lo interrumpe de manera grosera, tirándole la corbata.

-Repíteme conmigo, ¿Cuáles son los planes para hoy?

-Embarcarme a las ocho de la noche para viajar a México y entrevistarme con fresca amabilidad con Don Faustino y conseguir el trabajo –responde en tono burlón

-Correcto –afirma y enseguida propina suaves palmaditas en las mejillas del novio -
Mira, mi amor, yo no perdería mi tiempo aquí y ahora si pensara que llovería en Peking.

Alberto reprueba con la cabeza esta sentencia. Marie pierde la vista en la distancia.

-Ya sabes lo que te quiero decir. Yo suspiro con ir a sitios lejanos.

-Se me hace tarde.

En el acto, palpando por el boleto de salida en los bolsillos de su camisa, es que se halla este espécimen Yabadaba Floogus

-Oh, es mi *Yabadaba Floogus*...

-Seguro que lo es...- Marie truena los dedos -¡El ejemplar debió haberte costado no menos de ochenta centavos en un respiro!

-Bah, detalles de ser un lepidopterólogo, no contador público

Marie lo contiene pellizcándole las mejillas y los despide con otro beso.

-¡Ni se te ocurra pasarte de listo!...¿Oíste?

-Depende de la edad y del puesto

-Tú mira tus negocios y yo los míos...¿Okay?

Marie da la espalda a su prometido y se despide sin mirar atrás. Alberto se hace escuchar por encima de la cacofonía de llegadas y salidas.

-Ciao...

El equipaje está anclado. Alberto queda contemplando los ojos secos de la ventanilla frenética. El tren a Ciudad de México destaca en la encrucijada errante de los rieles, su silbato iza las braguetas. Alberto dobla el papel de su boleto, forjando unas alas rígidas, pero ¿Quién necesita de los capullos con tantos papeles fidedignos? En particular, a la mariposa se le acaba su tiempo y se petrifica. Desde el extremo opuesto a la plataforma,

corre la mujer de gestos y ropa extravagante de un lado a otro. Su tiempo y sus secuelas la llevan hasta Alberto y el riesgo está en la obviedad del asunto: reproducir los tics del habla a extraños. Un contratiempo.

-¿Ha visto a Schrodinger? –pregunta la mujer vestida con cheongsam.

-¿Quién?

La mujer, de nombre Li-Xin Li, acaba dándole dos vueltas, mientras repite su pregunta y se abanica.

-¡No se haga...por aquí debe andar el desdichado!

-Ok, entiendo. ¿Qué media filiación tiene?

-¿Media qué?...¡*Ujule*, que palabrita tan exótica! Bueno, para serte sincera, no tengo idea de cómo es...¡Lo tienen adentro de una caja!

-¿Qué?

-¡Ajá, se me hace que tú ya abriste la caja! – Li-Xin Li acusa con el abanico cerrado, en ristre -Oye, ¿se escatimó información ante la complicidad de tu parte?...¿la compulsión rompió el frasco?...¡Dime, dime!

-No sé de qué me habla, señorita

-¡Para empezar no soy señorita!...¡Soy científica!

-Mil perdones, científica. Y le aclaro que no es de mi incumbencia el paradero del señor Escrúpulos y el de su caja favorita. Así que...¡con permiso suyo!

Alberto se abre paso, pero la mujer lo detiene del hombro. Dado que la gente mira, Alberto supone que debe seguirle la corriente. Amén de que si efectivamente alguien se hallara atrapado dentro de una caja, era de caridad elemental hacer algo por liberarle. Li-Xin Li abre su abanico, exclama.

-¡Momentito!....¡Es Schrodinger y no es mi caja...es *su* caja!

-¡*Su caja, su caja...su, su, si...si, so sorry*, mi inglés es mucho estúpido...*it sucks*

-Bueno, pero prueba una vez más –concede la mujer.

-¿Schrodinger?....Bueno, tal vez se halle en el resguardo de equipajes, pero la soledad no es mala compañía, ¿sabe?

-Oh, no se me había ocurrido buscar allí

Alberto supera la cara de sorpresa.

-¿Conserva su contraseña?

-Me temo que está dentro de la caja también...¡es que dentro de la pieza guardo muchas cosas que no puedo reemplazar!

-En todo caso, solicítelo en su nombre...

-No tiene marcas

-Eso complica un poco el asunto. ¿Recuerda su condición y tamaño?

Li-Xin Li hace un repaso mental.

-Déjame pensar. Ah, un museo en Nueva York y otro en Berlín tienen una parecida, austera y cerrada...porque en París sucedió el caso de cuando la curiosidad mató al gato. ¿Hey, podríamos dar un rodeo y volver al punto de partida de este evento?

Alberto mira su reloj de bolsillo. En quince minutos, bajo combates venideros, el silbato une el reto del cuerpo y la partida del tren fuera del alcance que merece su puntualidad.

-Señorita, yo me inclino a dejar la solución en manos de las autoridades. Mi tren sale en cualquier momento.

-Es una idea súper, pero no puedes irte. Prueba una vez más a darme la mano.

-Ejem, no confundamos la magnesia con la amnesia, señorita...científica

El tren no espera. Alberto busca zafarse con discreción, sin éxito.

-¿Lo ve?...¡Ya perdí mi tren!

-¿Y qué?...¡Yo perdí a mi gato!

-¿Su gato? ¿Me entretuvo buscando a un gato? ¡Quiero decirle que yo tenía una importante cita en la capital y usted me la acaba de echar a perder con sus excentricidades!

-Nada de excentricidades...y la mejor lección recibida de los gatos es que no todo en la naturaleza tiene una función.

Alberto siente ganas de ahorcarla, pero desiste.

-Puf. ¿Habrá otra salida inmediata? Necesito una segunda oportunidad.

-Ya déjate de pasar las manos por la cara. Todo es cuestión de que apure el trueno y ¡listo!...

De la inteligencia al desgaire, ambos reconocen los patios desolados. Por joven luz, el Expreso Einstein aborda la estación. El expreso semeja una bala bruñida como en los dibujos de un comic y reconocida la réplica, es como todas las potencias. Algo lo desvió de su recorrido habitual, que ya amenaza seriamente la regular percepción del universo, cuando pasa junto a ti.

-¡Súbete....aprisa! –ordena Li-Xin Li

-Pero... –contradice Alberto

-¡No hay tiempo que perder! ¡Súbete!

Alberto traza mentalmente líneas rectas en el interior del carro y todos cambian de lugar. Su asiento vibra como si estuviera lleno de energía. El tren tira, acelerando

suavemente, y los nuevos pasajeros son succionados por cifras sin bridas. Y si todas resultan positivas, el escenario exterior desaparecerá en un borronazo.

-¡Todo empacado! Te agradezco tanto que hayas cambiado de parecer – comenta Li-Xin Li

Alberto la mira de reajo. Li-Xin Li bosteza el taponado oído, que es también rito.

-Me llamo Li-Xin Li. Soy elemento tierra... ¿Cómo te llamas tú?

La mariposa reposa sobre la hoja del calendario que marca el año 1943. Marie e Isaac toman el café. Discuten, pues un año hubo pasado sin que se tuviesen noticias del simplón Alberto, luego de su partida a Ciudad de México. Marie Poza recurre a Isaac Azamar, pues éste jamás toma el olvido como ingratitud.

-¿Cómo pudo hacerme esto a mí?

Marie arranca la hoja al calendario. Isaac se acicala el bigote, meditabundo.

-Hey, tal vez se alió con los países del eje...

-Pero ni siquiera era capaz de anudarse bien la corbata

-Amor de lejos es de pensarse mucho y tú ya perdiste el tuyo hace un año a la fecha

-No es cierto

Isaac la toma de la mano, arrugando la hoja. La mariposa levanta el vuelo.

-*Tempus fugit*, preciosa

Marie separa su mano, so pretexto de limpiar con el dorso una lágrima.

-Ni se te ocurra propasarte, Isaac. La pura corazonada de que probablemente ande extraviado no me cierra la herida.

-Como quieras, preciosa. Son apenas las ocho y media

-Oh, qué pena –suspira.

La hora es ocho y media, con el minuterero reclinándose en la inmóvil medianoche.
Alberto recorre el interior del vagón, sintiendo todas las miradas encima.

-Parece que tenemos la atención de todo el mundo –comenta Alberto.

-Tonterías. Son apenas las ocho y media –responde Li-Xin Li

-Bien, estaré mejor a la mañana. Tengo la impresión que esta máquina en que viajamos va más deprisa de lo normal.

-¿Querías el servicio expedito, no? Viajamos a bordo del Expreso Einstein, cariño

-¿Y qué tanto presuroso es lo expedito?

-Digamos que nos aproximamos a la velocidad de la luz

-Evitemos la esquivia comparación, pero...¿vamos rumbo a México?

-Todo es relativo. Di adiós a los puntos de referencia

-Puff, me rindo

Alberto se sume en su asiento.

-Espera, ¿Con qué a la velocidad de la luz, eh? Quiere decir que llegaré a mi destino más pronto de lo que me imaginaba.

-A decir verdad, ida y vuelta serán un poquito desfasados

-¿En serio? Voy a telegrafiar a Marie para advertirle el caos en que me encuentro

-¿Tu novia? Ella quizás se olvidó de ti hace mucho tiempo

-Mentira

-¿Crees conocerla bien?

-No tengo secretos para mi novia...primeramente, porque ella se casa conmigo por conveniencia

-Ah, ya veo

Alberto se levanta de su asiento

-Debo hallar al Inspector

-Yo iré contigo. Quiero comprar algunas revistas de modas.

El inspector recorre su vuelta de piano vertical en busca del prestamista de Glasgow. Alberto lo vuelve a su piano. Esas hojas desprendidas son los telegramas.

-Amigo, necesito enviar un telegrama urgente a la señorita Marie Poza, calle Zamora 254 en Veracruz

-¿Veracruz?...lo acabamos de pasar hace tres fases. Mire, joven, no creo que quiera escucharlo.

-Bueno...y eso a usted, ¿qué le importa? Mande el telegrama y punto.

Li-Xin Li interviene. La forma amarilla le es entregada y ella resiste el plectro del servicio de su lápiz al trabajo rudo.

-Calma, estás alterado...déjame redactarlo por ti

-Por favor...

Li-Xin Li garrapea frases sueltas y entrega su recado. El Inspector lee el papel, minucioso.

-Veamos, su mensaje dice: *“Escribo en movimiento. Pausa. Movimiento y pausa no son absolutos. Pausa. Voy en camino. Pausa. La relatividad de vivir existencias cambiantes en cada despedida determina que ninguno de nosotros es superior al otro. Punto. Besos lumínicos. Punto.”*. ¿Es correcto?

Alberto recibe un codazo.

-Correcto

-Necio, la letra cancionera es cuando escribes con el dedo en el aire.

-Cállate. Creo que mejor deberías ir a buscar tu gato.

-No hay prisa. ¿Tú sabes que ocurre cuando la antimateria entra en contacto con la materia?

-No

-¡Ah, menos mal...entonces dormiré desnuda!

Había sido una boda sencilla, al principio de 1948.

Champagne y tacos, un sueño de fractales hecho pastel, la banda de Luis Alcaraz retrabajando el impulso primitivo de mover los pies y Marie Poza con vestido de novia, donde el maniquí hizo un gracioso vientre. La fiesta desata la mariposa junto a la ensalada Popof y los peinados altos. El muro de calor humano asfixia de felicitaciones a los recién casados.

-Un baile más y te tiras de cabeza en el pastel – Comenta Isaac a su formal esposa.

-¡Abramos los regalos! –Sugiere Marie

-Esta caja enorme nos lo envía la familia Alemán...¿Qué será?

Marie abre la caja.

-¡Un radio para oír la XEU!

-Don Miguel es un gran aficionado a la música de cámara, porque supone que descansa la vista.

-Lástima, la radio quedará como adorno de sala, pues

-¿Por qué, amor?

-Porque tú eres un gran conversador, querido

-Y tú una notable escucha

-Por supuesto, debes conocer bien a tu esposa, porque jamás conocerás a tu viuda.

-Vaya, aquí hay un telegrama urgente de tu novio que no te olvida del todo

Marie le arrebató la misiva de las manos. Lee dos veces la nota y la estruja, furiosa.

-¡Esto es una burla!

-No hagas mucho caso. Apaga la luz y ven a dormir.

Marie e Isaac sacaron la frazada de la luna de miel y aplanaron la tierra con una casa de dos pisos a su regreso de Acapulco. Al año y al primer hijo, supuso una tregua en el centenar de estrías para rescatar el telegrama dentro del cesto de la basura y devolver el mensaje. A quien corresponda: muérete, impostor.

Visto el conato de puntos y rayas, el telegrafista traduce nueva charlatanería Morse con avidez cejijunta y que el movimiento del tren retiene en la hoja del block. Pasa el mensaje.

-Su respuesta, señor

-Mmm, suena alterada, la pobre –piensa Alberto en voz alta, repasa tres veces el telegrama.

-Se nota. –observa Li-Xin Li por encima del hombro - Por cierto, “chulo” es con *ache*

-¡Por favor, envíe una confirmación del recado! –ordena Alberto al empleado.

-Eso le costará 20 pesos-luz – aclara el trabajador.

-¡20 pesos!

-40 pesos-luz en total...considerando la tarifa desde el primer mensaje

-Es un robo

-Son los precios que nos rigen, caballero. No tenemos control sobre el viento, pero si podemos ajustar las velas...

-¿Qué?

-Es Confucio, señor.

-Es confuso y no tiene caso repetir el primer error. Bien, ¿es suficiente con un peso plata?

El inspector toma la moneda con la punta de los dedos y pone abajo el papel, la envuelve con desagrado.

-Sí y le sugiero que envuelva el recado con el objeto pesado y lo arroje en la siguiente estación.

-¿Se trata de otro bonito número vudú?

-Si así fuese, no estaríamos enviando un telegrama sino un pentagrama.

Li-Xin Li toma el envuelto, añade una lección.

-Llamémoslo de mejor modo un *Gedankenexperiment*, o sea, otra clase de estimulante para los nervios.

-No sé –responde Alberto, atrapado en medio de los dos –Ambos deben tener problemas de estómago o algo así

-Sí y no. La propia ecuación me recuerda a *Quark*, mi perro sobrealimentado – aclara Li-Xin Li.

-¿Aparte del gato, tienes un perro?

-Un shar-pei

-¿Está perdido también?

-Murió

-Lo lamento

-Lo atropelló un coche. Un *Packard* azul. El muy desgraciado ni siquiera se detuvo.

-Si recuerdas la matrícula, es posible conseguir algo...un algoritmo, al menos.

-Eso no me devolverá a mi perro. Ciertamente hay muchas cosas que todavía no entiendes sobre la flecha del tiempo.

Aunque Alberto se preguntaría para qué, en ese momento lo que más le apuraba era desaparecer por completo.

El año 1954. La mariposa pasa de largo la riña familiar en la lavadora. Abajo, Isaac sacude la camisa frente al rostro inmutable de Marie

-Hay hogares donde todo funciona a base botones, excepto en mis camisas.

Marie le quita la prenda y la mete en la lavadora.

-Tienes manos...cóselos tú mismo

-Y tú, cósete los labios...deberías mantener la cochina boca cerrada y no afectar la autoridad del hogar –manotea al aire y se vuelve a ocultar detrás del periódico -Ay, la culpa es de Ruiz Cortines que les concedió el derecho al voto a todas las viejas

-Claro, el clásico macho, hijo de mamá.

-Ese es tu error y el de todas tus amigas metiches. Yo soy de los hombres hechos por sí mismos

Marie suelta la carcajada y le sacude el manual de la lavadora, delante de su lectura.

-Debiste haber leído el instructivo más cuidadosamente

-¿Sabes cómo funciona un manual o prefieres adivinar?

-Sí, zángano, juntando todas las letras. Ya sólo te faltan 31

-Qué raro. Antes nada más había 28 en el alfabeto. Como ha cambiado el mundo a partir del *rock and roll*...

Sin embargo, Marie e Isaac procrean tres niños: dos varones y una niña.

La cabina de los equipajes. Los dos viajeros tratan de mantener el equilibrio entre maletas y cajas. Lin-Xi Li suspira.

-Nos acercamos a la siguiente estación. Ten cuidado al abrir el portón.

-¿Se cae repetidas veces la gente aquí? –pregunta Alberto.

-Vieras que no. Por regla general los que se caen...lo hacen una sola vez

-Chistosita....

Juntos, abren el portón del vagón y el ruido es ensordecedor. Alberto es el primero en maravillarse.

-¡Wow!

Li-Xin Li alza la voz, para hacerse escuchar.

-¡Debo advertirte, en primer lugar, que cierres los ojos en cuanto salgas al exterior y los abras muy despacio pasado un minuto, más o menos! ¡Tal vez no podrás ver de inmediato, no! ¡El sentido de la vista es cuestión de la longitud de la vibración y no de la multitud de impactos!

-¡No alcanzo a ver nada! –grita Alberto también -¡Excepto por una bruma color verdoso cuando estiro la mano! ¡Tampoco se distingue más que negro por delante y atrás del tren!

-¡Además habrá una especie de conmoción en la retina, de mareo molesto, justo al abrir los ojos! ¡Mantén la vista al frente!

-¿Cómo sabremos cuando alcanzamos la estación?

Li-Xin Li abre un paquete de tamaño regular y se consigue un laser.

-¡Con tecnología del futuro!

Alberto vuelve la vista a Li-Xin Li.

-¿Una pistola? ¿Buck Rogers?

-¡Es un radar de tráfico! ¡Tecnología de ecolocalización aún por descubrirse en tu tiempo! ¡Lo que vas a hacer es apuntar hacia el reloj de plataforma, que supongo cuenta con números romanos y de la lectura que haga la aplicación LIDAR sobre las barras, sabremos cuán veloces nos acercamos!

Alberto vuelve a asomarse al exterior. Fija la vista en un disco que habla del sol.

-¡Me parece ver ya la carátula del reloj sobre plataforma!...¡Es un *Steelco*, la hora de México!

-¡Si te asomas mucho se te quemará la ropa!

-¡No puedo controlar la pistola...me tiembla el pulso!

-¡Cuidado, las mangas de tu camisa *Manchester* de 65% hilo nylon se están volviendo un poco pardas! ¡Déjalo! ¡Este calor es demasiado fuerte! ¡Eso es debido a nuestra velocidad y la fricción del aire!

-¿Qué?

-¡La fricción del aire...la fricción del aire por desplazarnos a tanta velocidad! ¡Como los meteoritos y esas cosas! ¡Demasiado caliente!

Alberto grita por encima del viento, bramando en dirección contraria.

-¡Algo anda mal! ¡Las manecillas giran como locas!

-¡Efecto Doppler! –alerta Li-Xin Li.

Alberto es jalado del cuello de la camisa. La estación siguiente los rebasa de modo fugaz, y por un azar, el artefacto, impulsado casi a la velocidad de la luz, explota en la terminal como el cambio de la paridad del peso de 8.65 a 12.50, con respecto al dólar. La anchura del hueco atraviesa la pared, gaveteros, mostrador y la pizarra sobre la siguiente pared. Dos observadores dan cuenta del accidente.

-¿Viste tú, Chano?

-Sí, Chon

-Pa' susto que me dió el mentado tronido ése...hasta me pasé la mano por abajo del físico por las dudas.

-Es Física, tarugo...y ya espero que noten el túnel de la parsimonia allá 'lante

-¡Uuuuhhh, uuh!

Para cuando el país nacionaliza la Compañía de Luz y Fuerza Motriz e invierte en la electrificación masiva, Marie Poza ha ganado treinta kilos de más. En cambio, Isaac Azamar no ha ganado lotería alguna. Los hijos crecen con el sopor de su sombra.

No pasan de ser una familia corriente, directa.

Li-Xin Li y Alberto caen en medio de la paquetería, sanos y salvos.

-¿Lo notaste? –advierde Li-Xin Li

-¿Qué cosa?

-La distorsión que presentaba la estación. ¿Viste? Todo parecía haber sufrido de pronto una contracción notable: la terminal de escasos dos metros de principio a fin, sus ventanas como rendijas y los techos afilados como cuchillos.

-Sí...como si fuera el país de los mondadientes

-Se trata del síndrome Lorentz-FizGerald

-Probablemente. Uff, al menos no pudo evitar verse tan pulcra

Alberto abre una caja por casualidad. Salta un gato del interior.

-¡Schrodinger!- exclama su dueña.

-Bueno, parece que al fin se encontraron

Li-Xin Li saca un frasco del interior de la misma caja.

-Y muy a tiempo! ¡De haberse roto primero el frasco de *patchouli*...sabría Dios que desastre hubiera sido!

El aviso del Inspector del tren, interrumpe a viva voz.

-¡Estación San Lázaro, señores pasajeros!

Verificada la presencia del Expreso Einstein en la Estación de San Lázaro, Alberto pide orientación sobre el rumbo a Paseo de la Reforma. Resulta inevitable dejar de admirar la fuerza vital de tan grande ciudad. El lugar completamente inundado de carros sin techo y lo más curioso: muchas mujeres de pelo corto y falda corta. Y los caballeros sin sombrero. En el despacho de Don Faustino, la secretaria anuncia su llegada en el interfono.

-Licenciado, hay un señor de Veracruz que desea verlo

-¿Es negro? –pregunta Don Faustino, penetrado en la bocina azogada.

-No le pregunté, licenciado

-Hágalo pasar, por favor

La entrevista con Don Faustino inicia penosamente. Éste no tiene antecedentes burocráticos de su cita y, en el fondo, pareciera más interesado en su jubilación que en los gajes de su oficio, no sin antes desaprobar la vestimenta de Alberto con una lenta mirada de

arriba abajo. Nervioso, Alberto dirige una mirada hacia la foto oficial de Díaz Ordaz, que nunca antes había visto, y a los cajones de insectos disecados que cuelgan de la pared.

-Buenos días, Don Faustino

-¿En qué puedo servirle, muchacho?

-Le escribí un telegrama solicitando una entrevista de trabajo

Don Faustino pasa la mano sobre sus papeles en el escritorio.

-No, no tengo ningún antecedente de su cita, pero dígame ¿qué sabe hacer?

-Bueno, este...este...¡qué calor!

Sentado en la banquilla de los acusados, Alberto intenta sacar el pañuelo para secarse el sudor y la *yabadaba floogus* cae en sus manos.

-Perdón

Por el contrario, Don Faustino se muestra interesado en avanzar por el secreto de los pístilos.

-¿Acaso es una *Yabadaba Floogus* la que tiene en la mano, joven?

-Sí

Alberto se la acerca al rostro. Don Faustino se inclina a admirarla y regresa a su postura original, aparentando garbo en la ablandada mitad de su chaleco.

-¿Sabe que un ejemplar de esos no cuesta menos de 800 pesos?

-¿800 pesos?...puuuf.

Don Faustino toma un segundo aire y arrebató suavemente el ejemplar.

Siempre anhelé una para mi colección y lo dejé. Lo bueno de envejecer es que ya no se desean las cosas que no se tuvieron de joven

Alberto da cuenta de su nueva posición negociadora.

-Yo...deseo casarme con mi novia, por eso necesito el trabajo

Don Faustino guarda el ejemplar en su colección privada. Adquiere un tono paternal, mientras se pasea por su oficina.

-El matrimonio es el único juego de azar permitido por la ley

-Ajá, apuesto mi primer sueldo a que se equivoca...y reviro mi apuesta con la *yabadaba floogus*

-Mi dinero es prestado, hijo. La ciudad de México se viste hoy de gala para las XIX olimpiadas, pero éste es un país tan subdesarrollado que en la inauguración de los juegos puedes notar que la bandera nuestra está hecha de remiendos.

-¿No...le da miedo que le escuchen decir...esas cosas?

-Lo bueno de ser alto funcionario es que uno puede rebuznar y le aplauden como si hubiera relinchado.

Don Faustino guiña un ojo al retrato del Presidente, perdiendo las barbas postizas.

-Vaya, vaya...una rara *Yabadaba Floogus*. ¿Sabe? me caíste bien, hijo....-se inclina y activa el interfono -Señorita Rojas, prepáreme un contrato de trabajo para firma a nombre de...-desactiva el interfono -¿Cómo dijo que se llamaba?

-No tuve oportunidad de decirlo...pero me llamo Alberto Monarca.

-Ah, simultaneidad en la simultaneidad.

Un cartero conecta dos puntos. El efecto mariposa es llevado a cabo, es decir, *si el insecto bate sus alas en Peking, por eventos encadenados desata huracanes frente a la costa de florida*. Por un período de cinco años, luego de cuatros décadas de silencio. Marie viene recibiendo correspondencia por parte de un impostor que firma Alberto Monarca, con el

mismo mensaje. *“Entrevista exitosa. Pausa. Extrañándote mucho. Pausa. Encuéntrame en la estación mañana. Punto. XXX”*

Leve peso de la nada.

Isaac y Marie con visibles 70 años encima, llegan a la estación de ferrocarriles para darles la bienvenida a los nietos en vacaciones. Allí, Lin Xin Li se pasea con bebé en brazos, delante de ellos. La ley de la relatividad opera para los observadores.

-¿Cuántos hijos tiene usted? –pregunta Marie

-Este y otro que viene en camino –responde Lin-Xi Li

-Pues no se le nota nada –Comenta Isaac, entrometiéndose en la plática

-¿Y por qué se me iba a notar...si mi hijo tiene 18 años y viene en tren de Monterrey?

-Oh

-Se te están marchitando las neuronas más rápido de la cuenta, abuelito –acusa Marie

-Y tú, si quieres olvidar las preocupaciones, usa zapatos que te aprieten –rezonga Isaac.

-Y ustedes, ¿esperan a alguien? –inquieta Li-Xin Li

-Vamos a Tabasco, a visitar a nuestra hija y nuestros tres nietos –responde la anciana.

-Si me lo pregunta, voy a encerrarme en un cuarto. – se entromete nuevamente su esposo -Me retiré de los negocios para fumar cigarros y gozar de la vida, no para pagar visitas a los parientes.

El Expreso Einstein aborda la estación, no con una explosión cegadora, sino con un chasquido de dedos.

-Abuelito, mejor fíjate si ése es el tren nuestro –ordena Marie

Isaac busca leer los destinos.

-Lo veo borroso

-¿Vista cansada? –pregunta Li-Xin Li

-Condenado hipocondríaco, es culpa del brandy –condena Marie

Isaac se adelanta y entrega los boletos de él y su esposa al conductor, de paso admira el Expreso Einstein.

-¡Que máquina tan poderosa...casi me tira al suelo!

-Lo siento, pero este es un tren experimental. –reprende el conductor y devuelve los boletos –Además, abuelo, los boletos de ustedes son para el tren de ayer, que no sale hasta mañana

Antes, Alberto baja la escalinata y extraña la provincia en los patios del andén. Todo el lugar es diferente. Por decir algo, la música de los grillos ha sido sustituida por el vozarrón del inventor del cero, dejando sin luna a los turistas. Una anciana se adelanta a su presencia.

-Joven, ¿este es el tren que viene de Puebla?

-No, señora...es el Exprés Einstein

-Ah, gracias

Alberto presiente el aire familiar del rostro. Por un momento pensó que hasta podría tratarse de la abuelita de Marie la que tenía ante sus ojos, pero jamás tacaño de cursilería, pregunta:

-¿Marie?

-¿Cómo dice, muchacho? –Marie repara, volviéndose a su dirección

Alberto ya pone mayor atención en la mujer y en los años de su acompañante. Se disculpa.

-Sus gestos se me hicieron bastante familiares. Le ruego me disculpe, la confundí con otra persona

Ahora Marie se le queda viendo fijamente, para apoderarse de su asilo.

-No sé, muchacho

-¿Qué tanto me ve?

-Es que si no fuera por el bigote, sería usted igualito a una cuñada mía

-¿Bigote? ¿Cuál bigote? Yo no uso bigote...

-Usted no, pero ella sí. A propósito, tiene usted mal anudada su corbata.

Discreta recomendación en época de veda. Alberto mira los ancianos irse de la mano. Marie nunca regresará aquí. Lin-Xi Li se acerca a recibir a Alberto, soñando en latín.

-¿En qué estás pensando? –pregunta Li-Xin Li

Alberto acaricia su bebé y piensa unos segundos su respuesta.

-Creo que me he perdido algunos cambios interesantes de primer nivel...

-Ajá, ¿Conque hablándome de cierta multidependencia sensitiva sobre una condición inicial, eh?

Alberto se encoge de hombros.

-No sé. Algo así como...si yo pestañeara, ¿se apagaría el sol?

-¿Tú qué crees?

-Pon atención....

Li-Xin Li asume la atención porque muchas mariposas tienen en las alas manchas que sugieren ojos.

PUZZLE

Imagina que sucede la V Guerra Mundial, los esqueletos serán descubiertos más tarde.

Al principio, te hallas demasiado ocupado en mitigar la herida en tu costado para pensar en otra cosa, sufriendo las fiebres pequeñas y heladas para anticipar otra verdad que no sea una nave vacía. Será preciso viajar por los gritos del silencio. El vivísimo silencio lleno de humo y flores de terror. Hay una ruta de escape, pero luego de convertirse en el último sobreviviente de la tripulación, las cosas se desgastan. Te pones de pie con mucha dificultad sobre los lechosos cristales de antimateria. Lo que he descrito es tan sólo un telón de fondo dado que nuestra atención estará cautivada por la amenaza palpable de un gran precipicio al frente, seguramente sin fondo, y la maniobra de miles de enemigos que se cerniesen aquí y allá. Un holograma aparece estirado en el puente de mando, un balcón metálico con liviana balaustrada. Esperen, los hologramas no se mueven con donaire ni eluden cruzar nuestras miradas. El fantasma del futuro te espeta si conoces algo sobre una declaración de venganza que los *reptiloides* han hecho junto a Satanás encadenado al otro lado del universo.

-De ningún modo –dirás –y te pido que regreses a tu dimensión, pues estás contrariando las leyes de la física

-Mis motivos para montar el escenario de Novikov son tan reales que todo esto – y te señala la panorámica de columnas de batalla que desfilan por la ventanilla hasta parar con una sacudida –si lo comparo, parece un espejismo.

Las ocho naves de guerra que se avistaban por babor eran claras, precisas y grises como los cohetes de Norman Bel Geddes, el pionero en el uso de la forma lacrimonal que

fuera contratado por la General Motors para diseñar el pabellón conocido como *Futurama*, dentro de la Feria Mundial de Nueva York del lejano 1939. En cambio las naves de estribor eran de color dorado, relucientes, casi como diminutas llamas. A nuestros pies, Titán es una formidable isla desierta, tan curva que es difícil escapar a sus efectos gravitatorios.

-¿Guerra?

-Sí, es el único atisbo de interés dentro del sutil entretenimiento basado en un oráculo capaz de predecir las probabilidades y un jugador normal, al que se le refiere despreciativamente, llamándolo *mono*.

-Bien, pero no me puedo imaginar a un par de monos darse un manotazo en la frente y cobrar la urgencia de regresar a sus pizarrones a llenarlos de fórmulas.

-Ni siquiera puedes rendirte, los *reptiloides* no toman prisioneros de guerra. Parece que no tienes salida

-¿Equipos de emergencia?

-Un defecto en el traje protector te obliga a matar a cualquiera para sobrevivir, lo cual es mi parte favorita.

-¿Refuerzos?

-No – fue su respuesta, como si la reserva de oxígeno fuera exhausta en definitiva.

-Ser o no ser, he ahí los parámetros.

Además, un furioso protoplasma avanza por el pasillo. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Sucede un sobresalto nervioso y tu arma acabó su munición. Esa maldita cosa tiene las tetas llenas de los perdigones, pero sigue moviéndose. El miedo debe durar unos minutos, creo, pero parecerán horas entre el pulso de nebulosa y minuterio mientras eres devorado.

-Jaque Mate.

-Te equivocas

¿Qué haría usted si fuera la última oportunidad?

La solución en el próximo cuento

LA SOLUCIÓN:

Imaginando otra cosa.

Imaginando por imaginar, el hombre contempla la fruta colgando en lo alto. La rama está fuera de su alcance. El hombre estudia las condiciones por años. Vigila a su alrededor, localiza tres piedras sobre el paisaje pulverizado. El hombre tiene una idea y apila las rocas en el mismo orden comido por los hormigueros para conseguir un zigurat. Reflexiona que el árbol quedó lejos. El hombre tiene otra idea y usa sus fuerzas para arrancar de raíz ese árbol, lo acarrea varios pasos y lo planta al lado de la formación de piedras. Ahora el hombre puede escalar y conseguir la fruta que pende de la rama. El hombre estira el brazo, pero aún se halla corto de alcance. Uno cree que debe rendirse. Ante la puerta de pedernal y de fuego, voltea hacia la frontera que separa el Neolítico del Paleolítico. El pago por derecho de paso es de una concha. De ese modo opera la barrera de portazgo. El hombre tiene sus lecciones con dientes de sable. Mediante utensilios primitivos, inventa un hacha. Antes que se entere la luna, tala el árbol por la base y consigue tirarlo. Seguro de sus cálculos, el hombre levanta otra vez el árbol junto a la formación rocosa y pasando por alto cualquier estudio de impacto ambiental. No importa, con alegría descubre que su mano toma el fruto y consigue satisfacer su necesidad primaria: Priorizar la ley del homínido.

CUATRO ELEMENTOS

Aristóteles es un gran pensador del siglo 4 antes de Cristo, reconocido por su particular modo de enseñar paseando y su tímida modestia para callar lo mismo que un ciego ante un presagio. En cierta ocasión, el filósofo es subido al estrado para servir de testigo a juicio universal. Un guardia le toma el juramento de pie, poniendo la mano derecha sobre un directorio de la Sección Amarilla de Sentosa, Singapur. El abogado de la fiscalía consigue sus gestos de espanto para la mímica universal y lo inquiere:

-Dígame, maestro, en su opinión ¿existe el éter?

Aristóteles responde con suma tranquilidad a la pregunta.

-En el argumento bajo discusión, la sustancia realmente son todas las cosas que hay en el mundo, las cuales están compuestas de materia y forma. El éter es la sustancia brillante que respiran los dioses, en contraste con el pesado *smog* que respiramos los mortales. En el diálogo *Protrepticus* hago mención de todo esto.

-Me doy cuenta, pero no puedo traducirlo del griego ¿Por qué decidió escribirlo en griego?

-Porque soy griego

-Esa no me parece una buena excusa

De inmediato, la defensa intercala su recurso procesal: ¡Objeción!

-Volviendo a estos tratados de Metafísica, si su inteligencia fuera una copa de vino, ¿Qué mano usaría?

-¿Su mente se pregunta por qué el *noûs* se compara con una copa de vino? Yo que voy a saber, ¿Acaso parezco un borracho?

-No tengo más preguntas, señor juez

El fiscal toma asiento, pues le empiezan a picar los leotardos. Por su lado, la defensa se dispensa ante la Corte, de presentar sus posiciones a favor del experimento de Michelson y Morley, cuya analogía para provocar sus resultados negativos se refiere a dos barcos, un río y un observador. En medio de las risas, los niños juegan a policías y ladrones.

Concluida la comparecencia del Maestro, su discípulo Teofrasto le reclama:

-Dilecto mentor, negociar el quinto elemento es una mala jugada. Ellos provocan la lluvia. Ellos detienen la lluvia. Ellos crean el Sol. Ellos desatan tormentas para desaparecer el Sol. Ellos ascienden los continentes sumergidos. Ellos nivelan las montañas. Ellos abren un boquete con el relámpago hasta el centro del planeta. Ellos insuflan un alma a las piedras y erigen monumentos con el poder de la levitación. Ellos congelan. Ellos derriten. Ellos volatizan. Ellos son tierra, agua, aire y fuego. Lo mismo en cualquier otro idioma.

Aristóteles frunce el ceño y explica.

-¿Qué esperabas que dijera, si estaba bajo juramento?

Elementos de perjurio, a seguir.

I: TERRITORIO IMAGINADO

El problema con Amelia Muñoz es que siempre construye castillos en el aire. Y luego pretende mudarse a ellos. Los prejuicios son el dragón del cuento, les preocupa el final. Los prejuicios salen de sus cuevas, temblorosos, hambrientos, a cazar caballeros en armadura. Por otro lado, los caballeros andantes viven al día, no pueden hacer más. Y la pobre de Amelia no está casada con ninguno de ellos, por ende verá venir hacia su cabeza un serio problema de vecinos.

“Maldita cosa”

Esa es la única manera de llamarlo con todo y su aire morado que crece en el jardín de Sara Nieto. Además tenía un millón de ramas haciendo un vaivén de sombras como tentáculos y todos parecían estar dispuestos a jalarle la lengua de raíz.

-¿Cazando escarabajos y hormigas, vecina? –pregunta Sara a espaldas suyas. Sobresaltada por la inesperada voz, Amelia se muestra tan pálida como si vestida de blanco para asistir al duelo de su corazón enterrado.

-Vecina, estaba buscando la pelota de Adán. Cayó del lado de tu cerca, pero no llame a la policía para levantarle cargos. Nomás que lo saque de su escondite, enseguida lo reprendo con un castigo.

Amelia trata de completar la frase con una risilla, pero ésta se atora en su píloro, entonces simula buscar la pelota entre las flores despiertas.

Sara levanta la pelota a sus pies.

-¿No es esta, vecina?

-Ah, gracias

Las miradas de las mujeres se atan a su monumento terrestre. Sara rompe el breve silencio.

-¿Sospechas del Yggdrasil?

-¿Sospechar qué? –devuelve la pregunta, pero no le permite aclarar el cuestionamiento. En su prisa por huir, aplasta su huerto de rododendros y gerberas. Un caracol enrolla el carrete de este viento muy largo.

Media hora después, con una tira de papel asume la lista de las tareas: hacer pagos en el banco, pasar a la lavandería, hacer las compras del supermercado. Amelia Muñoz conduce su vagoneta por una calle larga, pero a doscientos o trescientos metros cae una neblina que al salir de ella no sabe dónde diablos se encuentra. Una flor cierra el camino. Amelia sabe dónde se esconde la flor que nace en la bella jardinera. Autos apresurados la pasan de largo, pero el pie en el acelerador sigue las órdenes del subconsciente que le dice *sigue al resto de los corredores*. Esta mañana siguió la plana equivocada. Los anuncios espectaculares son extraños en esta ocasión. Parecían extranjeros, aunque sus grandes letras y colores brillantes lo ensueñan los perros salivando con campanas. Amelia pierde interés en ellos, pues le importa más orientarse a encontrar el edificio de su trabajo. Obligada al lenguaje lateral, baja la ventanilla y le pregunta a un barrendero que pasa su escoba a los rieles de oro y plata.

-Perdone, ¿Me puede indicar la salida hacia Avenida Circunvalación?

-Derlagos kimmasne eproh julu, esperanto –responde y cruza la calle, con su tambor rodante.

Amelia se queda mirando como tonta hasta que el claxon del Rajah en su elefante de tapices le indica el cambio de luces.

Forasteros, ella pensó y se detiene en el siguiente semáforo.

-Oiga, estoy tratando de salir de aquí, ¿Sabe dónde está la salida a la Avenida Circunvalación?

La mujer la mira rara y enseguida rodea el carro, vigilando ocasionalmente sobre su hombro, con la clara expresión: ¿Estás loca o qué te pasa?

Amelia empieza a preocuparse. No ve un rombo en varios metros. Finalmente encuentra una señal con indicación: *Este camino va a alguna parte*

Entonces sigue la flecha.

El problema con Amelia Muñoz es que siempre destruye castillos de arena. Y luego quiere ahogarse en un océano de mujeres. El choque contra las dunas tiene que ser el triste final de su camino porque la esfinge no paga las visitas y ni siquiera abre los ojos para mirar el accidente.

El asunto es bastante inusual

Amelia se muerde el labio inferior y baja a la playa, buscando ayuda.

¿Ves a la bronceada desnuda en su sombrilla playera?

Sara Nieto se halla recostada en traje de baño, leyendo una revista. El formato corresponde a Cosmopolitan, pero en su portada se lee las mismas palabras que sirven para nombrar las cosas fuera de su calidad de inventario.

SOLFEGEMMEN BARNSNEBBLO JUKEL WOLO

Amelia pestañea. Se trataba de su vecina, pero la revista, ¿Qué diablos decía?

Entretanto, cae en el campo visual dentro del sol.

-Vecina, que gusto verla de nuevo. –exclama Sara, haciendo su revista a un lado y levantándose los lentes oscuros. -¿Acaso me anda persiguiendo?

-Mire, vecina, me perdí en la autopista. Tome una vuelta equivocada o me seguí de largo. No sé, todo lo que deseo es salir de aquí. ¿Dónde diablos estoy?

-Helheim, tontita

-¿Helheim? ¿Está cerca de Laputa?

-Helheim está más distante que tu mejor telescopio pueda ubicarle. Ni siquiera pensarían que existe.

-¿Qué? Mire, Sara Nieto, no tengo tiempo para chistes

-¿Cómo sabe mi nombre, Amelia Muñoz?

-¿Cómo supo el mío?

-Bueno, uno escucha a los vecinos. Los nombres surgen en el intercambio de chismes.

-Bueno, así me aprendí el suyo. Platicué con los rencorosos de la calle de enfrente.

-¿Quiénes? ¿Los Fuster? ¿Los Salamanca? ¿López?

-Simplemente sus vecinos. Grato clima aquí en la playa, ¿no cree?

-Mire, Sara Nieto, tengo una cita importante con el Ginecólogo.

-Querida Amelia Muñoz, nunca llegarás a tu cita.

-¿A qué se refiere?

-Estás atrapada en arenas movedizas.

Señala hacia su vagoneta y muestra como se hunde sin apagar las luces. La arena comienza a caer por el orificio estrecho del reloj en uso. Lo que la morfología sobre la infernal gravedad permite, el ritmo es lento, constante y desarreglado, conforme el bulbo

superior se va vaciando. La actualidad de los relojes de arena se puede encontrar en una pintura de Ambrogio Lorenzetti que data del año 1328. Algunos afirman que los romanos lo usaban durante la noche para los cambios de guardia. Otros opinan que fue inventado por un monje francés para medir los tiempos de meditación. La simbología es la fugacidad del tiempo y de la vida.

-Tomará muy poco tiempo en verla desaparecer. Toma asiento, amiga. El mar te trae el ataúd sensible hasta la puerta de tu casa, acaso hasta el mismo borde de tu cama para que te encierres en él con tu preciosa histeria y tus alaridos.

Amelia se ríe de las gentes que lo saben todo.

De vuelta a la realidad, el preciso momento que la mujer dormida no despierta, los enterradores especulan que Abril es el mes más cruel, cultivando lilas de la tierra muerta, mezclando memoria y deseo, intranquilizando las toscas raíces con la lluvia de primavera. Amelia Muñoz no quiere salir del coma. Esta tierra baldía es propiedad del castillo, quien ella viva o duerma, en cierto modo vive o duerme en el castillo. Nadie puede hacerlo sin permiso, mientras se produce una liberación de cetones en su torrente sanguíneo. ¿Qué más da? Mañana será otra vez un espárrago o una zanahoria. En la esquina de Cuatro Cuartetos y T S. Eliot, dos mujeres señalan a la tierra cuando va a salir un volcán.

-¿Qué es lo que crece en su jardín?

-Un árbol, ¿Qué creía?

No importa mucho. En el origen maternal, Amelia Muñoz encuentra feliz vivir indefinidamente entre dos mundos.

II: NO QUITAR LA TAPA AL RADIADOR (ESTANDO CALIENTE)

Pocas satisfacciones se consigue el conductor de tracto camiones que el correo de su majestad cuando se solaza en la jornada larga. Uno conduce por cualquier terreno sin un bidón, sin brújula. Pero si los propios instintos son buenos, si se tiene algún sentido de la geografía, uno descubre que está abriendo un camino que va al lugar adecuado. Si se produce el milagro, uno llega al mismo lugar al que quería llegar. Pero con frecuencia hay que volver al principio de la ruta y volver a atravesarla, diciendo: *Fui por allí. Es un camino sin salida*. Las llantas marcan el asfalto, se recorren otros rumbos, arriba y abajo. En el camino se conocen nuevos amigos, estaciones de paso a las que uno nunca soñó conocer. La laminación cruje en una carcajada y la simetría de la pista, hecha para la sutileza del insecto moribundo, nos lleva a un mundo al que no pensábamos ir al arrancar el *Freightliner*. El viaje puede haber empezado con la intención de ser un trabajo y de pronto uno llega a un sitio de tanta profundidad que lo sorprende. Clemente Filiberto Garrido estaciona su transporte frente a un pelotón de burritos. La luna confina en cuarto menguante, mientras la linterna se arrastra por el desierto.

En el interior de la taberna, saluda al detestable tumulto de los hombros, para abrirse paso a la rockola. Hurga en su música cansada, cuando el resto de los conductores beben de pie o juegan cubilete en las mesas plegables. El lugar no era mejor o peor que cualquier otro. La mesera le arrima las tetas, provocando su invitación a bailar. El Garrido le da la espalda. Ella era la misma señora de contraseña y su dotación de treinta mil perros. Todo era rutina de accidente, salvo su moneda con un rabo. La rockola toca “Viens, Mallika”.

-Doucement glissons de son flot charmant, suivons le courant fuyant dans l'onde frémissante, d'une main nonchalante...

Fue ese mismo instante que la conoció. Amor a primera vista. Ella era distinta, aunque pudo tener tres ojos y no serlo. Clemente Filiberto estaba impresionado. La negra bembona entró al lugar, con la desnudez de la raza cósmica, celebrada por José Vasconcelos en un fácil sueño, para disminuir el espesor de la tercera persona. Ella viste de *jeans* con camiseta ceñida y *mamma areolata*, más un estampado que reza DINA 600. Mujer de estructura fuerte, con gracia. Negra de amor o placer indistintos y el peinado estilo afro, muy retro. DINA 600 golpea con los nudillos la madera y pide un vaso de agua. El cantinero se disculpa

-Cervezas o aguardiente...

-Tu mamá dice lo contrario –vocifera DINA 600. Entonces lo toma de la camisa abierta y le propina una cachetada.

-Un vaso con agua, enseguida

Marcando los bíceps en un gesto pugilístico, Clemente Filiberto se encamina al encuentro de DINA 600.

-Hola, me llamo Léo, bien deliberado. ¿Sabes? Me cuadra que bailemos esta canción tú y yo.

-Quita tus manos callosas de puñetero lejos de mí –maldice y se voltea a su popote.

Clemente Filiberto la mira embobado unos segundos. Se da cuenta que ahora todos están mirando. Su reputación está en juego. Al hacernos otra nariz otomana, hay que conseguirse la presa más débil.

-Vamos a bailar, perra

DINA 600 gira con paciencia seductora y guiña.

-Puedo vivir con eso

Clemente Filiberto Garrido sonríe.

DINA 600 da un paso adelante y le propina una patada en la entrepierna. Clemente Filiberto se dobla del dolor, sintiendo que el aire abandonó de pronto el lugar. No termina de recuperar una bocanada, cuando DINA 600 le abre la cabeza con la cubeta de los hielos. Si no para declararle su amor, s  fuera de combate. En seguida lo empuja contra la mesa de los jugadores y todos ellos lo sacan a patadas de la puerta. Clemente Filiberto aterriza en el lodo, sangrando y llorando. Con las pocas fuerzas que le quedan, entra en la cabina de su unidad y enciende el motor para recobrar el camino. Más tarde, en algún lugar de la carretera, el fornido Clemente Filiberto Garrido llora por horas. Al hacernos otra nariz otomana, hay que conseguirse la presa más *devil*.

Agua que escapa en vapor, el par nimo.

III: EL MONSTRUO QUE GRITÓ AMOR SOBRE EL CONFÍN DEL MUNDO

Constantemente, el aire es desviación de un soplo frío que aclara la ceguera en José Romero. Así se forma un círculo de pinos enanos que reemplaza al misterio del cuerpo aislado. La noche invernal cae en Bahía de Prudhoe, pero otro animal, de músculos encordados y disparados, se cree el guardián. Vigila el campamento y no entra. Mira incesantemente la tundra y no salta. Guiado por las sombras de lo que cae a propia sombra, despanzurra al oso polar sobre el iceberg y desprecia a las truchas imposibles que quieren subirse a la aurora boreal. Otras veces, camina en cuatro patas y roe, durante horas y horas, la cerámica ritual de quién sabe qué tiempos secretos. Con su collar, su mandíbula, vigila los caprichos del otro ermitaño, como si lo que alejamos en la ciudad ya retornara con una carta de piel fruncida como la ciruela. La socarronería de los esquimales lo bautizaron Wendigo, personificación de los bosques del norte y la voz hechizada del Cree, saltando de copo en copo, aunque no se le vea, se le niegue la mirada.

“Witiko, Witiko”

José emite su llamado, al lado del Trans-Alaskan Pipeline, saliendo de la usina de las groserías que nos vienen a la boca tras marcharse los últimos. Después queremos consolarnos en trabajo continuo hasta tocar los polos del solipsismo, sin dar cuenta del aliento bocabajo, la cantidad de aire penetrante, que flota en el eco que devuelve la ráfaga hueca de las montañas. Se dice que el graznido del pato no tiene eco, pero es una curiosidad que se ha desvirtuado recientemente entre porteadores. La boca grande triunfa sobre el hocico.

–Witiko, Witiko

-¿Qué pasa, hombre? Aquí estoy

Las vueltas en el catre se deben a las claras etapas de la queja, que aún en el dormir aseguraban la suprema dignidad del movimiento. José ha estado tenso por un tiempo, esperando demasiado. La voz del Wendigo lo relaja, pero se interroga.

-¿Has revisado al oleoducto?

-Estuve allí. Busque por grietas, goteando estalactitas hasta tres voces.

De prisa, de prisa la orilla del mar se reabsorbe con las salientes desfiguraciones de la lengua seca. El Wendigo supone que algo le falta al mundo, pero la mano del hombre se ha puesto a empobrecerlo más. Los ingenieros de perforación han dejado esto hecho un desastre. Por lo visto, ninguno consiguió regresar la geografía perdurable junto a las líneas de la mano. Desmantelada el alma, amputada la porción, carne y tierra, la bestia enarca el chapaleo invisible del crudo. En algunos casos, lo libera defensivamente ante un peligro, como hace una mofeta.

-¿Resiste un terremoto?

-Entre otras cosas que te recuerden otras cosas, viejo. Yo sería capaz de detener el deshielo por verte sonreír.

El termómetro baja lentamente porque se trata del meteoro del sueño. Pulmones sin aire, ojos apagados. Por el contrario, los ojos del Wendigo son brillantes y de color rojo, lo cual indica una adaptación a la visión nocturna y sugiere mayor alcance que los prismáticos. Aunque José nunca llegó a conocer al Wendigo, antes de fabricarse las tinieblas, éste le permitió pasar sus dedos por el cuerpo musgoso. Incluyendo el cuero cabelludo del monstruo, que según admite el tacto, es una imitación de piel de foca. José

imagina su monstruosa cara, con sus arrugas y cicatrices. No le cabe duda que el Wendigo era demasiado viejo para ser estimado en años del hombre.

-Witiko, ¿Has escuchado al Gran Espíritu acercarse?

El Wendigo suspira por encima de todas las huellas, tiene una exhalación que sólo enseñan las plegarias muertas. Y se oyen crujir los barrotes en la jaula de su destino. Al hincharse las fosas nasales, el aire caliente devuelve un poco la gran lucha de los gigantes de la eternidad.

-Viene en camino, hombre. Lento, pero seguro. No desesperes, amigo

-Paciencia me sobra, Witiko. Necesito saber que no se desviará en algún rodeo.

-El viento lo trae, amigo.

José se resigna.

José es un diestro natural, siempre lo fue. De joven, la sangre hervía en su interior. Él discutió numerosas veces con el padre nuestro, respecto a los aires de misterio en el incendio del Reino. El no creía en el vuelco del prójimo, ni las concubinas ni las amistades unidas con un cordón de seda. Después de todo, el mejor amigo es un peso en la bolsa. A Kuwait había ido por su destreza con gases inertes, luego el Golfo de México, luego Alaska. Los años habían sido generosos con él. El trabajo lo envejeció lentamente, saludable, al grado que si los doctores se referían a sus cataratas, él pensaba en *Niagara Falls*. Al final consiguió estar solo, sin ver a nadie, sin distinguir que su casa es la ballena. Cuando llegó el tiempo de cortar su sueldo con la misma hacha ejercitada en las latas de atún, optó por el suicidio, igual que Ambrose Bierce.

El Wendigo apareció un día, como su ceguera. Y permaneció para servir su feudal imaginación. Nunca cuestionó porque es verdad que los cazadores quieren echar los corazones a las alcantarillas. Y el ser legendario tampoco le replicó nada. Al llegar al campamento, José le ordenó hacer un agujero en el hielo para pescar. Entonces, la bestia fue sacando del agujero, uno a uno, todos los colores. El azul fue el último. Su padre tenía razón. Era bueno tener un amigo. Especialmente cuando el Gran Espíritu se avecina. José pasa a lavar el cuerpo con la lengua de la fascinación atávica.

-¿Witiko?

-Viejo

-Nunca te pregunté qué ganas tú con todo esto

-Sé lo que quieres decirme, viejo. Tardaste cuatro temporadas en preguntármelo. Estoy contigo, amigo, ¿No te satisface esto?

Cuatro temporadas.

El silencio inteligente moja el pergamino de los tambores. El olvido queda expresado por tres *ishigaqs* que corren sobre la nieve, sin dejar huella. Luego de un rato, la voz de José escupe a los *inukshuks* a flor de piedra, significando escepticismo.

-No sé, Witiko

No hubo respuesta, no hubo pregunta tampoco.

-No sé, ¿Valió la pena? Recuerdo que tuve que hacer varias veces uso de mi cuchara para defenderme de los lobos. En casa, primero supe que no hay que tenerle miedo al agujero del patio. Ahora no sé.

-Esta es la causa, querido capitán, de mi extraña melancolía.

-Nunca creí necesitar a alguien. Debí saberlo mejor, Witiko.

-Para algunos, el conocimiento llega tarde. Otros, nunca tienen la oportunidad de saber lo que faltó en sus vidas. El conocimiento dice que el mañana será ocupado por el recuerdo de hoy.

Entonces la bestia se estremece. En acto reflejo, pone su garra en los hombros de pana del invidente.

-Ya llega, amigo

-¿Está muy cerca?

-Está aquí

Se supone que no es época de ventisca, pero a ver quién se lo dice a los dioses del tiempo. El viento arrecia en la entrada de la tienda. Los ocupantes sienten, a la izquierda, a la derecha, por el Sur y por el Norte, la poderosa danza del recién llegado. El gran espíritu habla suavemente entre volutas del humo.

-Estoy listo, Witiko –asegura el invidente.

Extiende su mano a tientas contra el aire de la intemperie.

La separación del alma con su cuerpo es brusca, como si algo realmente hubiera tirado de su mano extendida. Entonces, en el postrer momento de partida, exclama:

-Adiós, Witiko, mi único amigo

Pero no hubo respuesta del monstruo. O palabra final del homenaje a Godot, los substitutos cerrando su paso. Por el contrario, a veces tiene hambre y maldice a los pescadores que no se ahogan a la hora debida.

-Nos vamos juntos, viejo. El gran espíritu llega para todas las especies. Inclusive los ilusorios, los puros, los clásicos, los señalados, los suplicantes en torno de los esqueletos. – susurran cinco voces conocidas dentro del oído agonizante.

José cierra sus ojos, muertos con mucha anticipación.

Después de un tiempo, un *kayac* flota sin dueño en un mar de tinta rayana con un poema épico, definitivamente abierto. Y en la litera vacía, queda un silencio de paz

El invierno ártico llega. Cae la noche, pero no la obscuridad.

IV: LOS ARDIDOS MUEREN QUEMADOS

Unos meses antes de cada realización de los Juegos Olímpicos, once actrices que representan las sacerdotisas de Hestia, colocan una antorcha en la concavidad de un espejo parabólico que concentra los rayos del Sol, en una ceremonia que pretende volver a vivir el método usado en la antigüedad y que se destinaba a garantizar la pureza de la llama que marcará el inicio de una realización más de las competiciones deportivas, siendo esta tradición reintroducida en los Juegos Olímpicos de Amsterdam de 1928. Más, he ahí el secreto de Prometeo, que habría robado el fuego a Zeus para entregarlo a los mortales. Y si al atleta se lo adquirimos como oro al irse al pódium, viene otro corpúsculo veloz enviado por el sol que quiere comprar en oro el engaño.

La flama Olímpica salta dentro del mortero de pólvora y queda de ceniza. Repentinamente, el cielo se inflama con una lluvia de fuego. Al principio, luce como la primera glorieta de nuevas estrellas brillando a plena luz del día. Enseguida se convierte en una cascada de chispas que se extinguen en el suelo, apagadas con un canto. La tremenda sequía no duraba más allá del minuto.

No eran meteoritos

No eran tormentas solares.

No eran lenguas de fuego de controversia filioque ni rayos globulares.

Por el contrario

Cada una de las flamas era una criatura. Una entidad viva, pero sin tratarse del Prometeo. El fenómeno estaba lejos, muy lejos de serlo.

Los que seguimos la transmisión de la ceremonia vía satélite, nos enteramos que el baño pirotécnico se sucede en varias partes del mundo y en todos los canales. De Tokio a Johannesburgo hasta Buenos Aires. La primera explicación la tiene Larry Arnold, actualmente director de una organización llamada *ParaScience International*. Larry Arnold, es un investigador privado, que ha dedicado una gran parte de su tiempo a la controversia de la combustión espontánea. En su libro de 1995 sobre la combustión espontánea titulado *Ablaze!*, traducido como *¡En llamas!*, especula con la existencia de una partícula subatómica aún desconocida, a la que se refiere como *pyroton*, que sería emitida en los rayos cósmicos. Normalmente esta partícula pasaría a través del cuerpo sin interactuar con él, como un neutrino, pero ocasionalmente, al colisionar con un núcleo celular, podría desatar una reacción en cadena que destruye el cuerpo por completo. Sin embargo, aquí nos encontramos con una actividad completamente distinta. La criatura es incandescente y se parece al bonzo de la boca convexa. No hay más que decir: es el primer espécimen de vida extraterrestre.

-¿Qué es todo esto, Gabriel Fuster? –pregunta mi mujer, antes de dejarme afilando un suspiro de telaraña en el sofá. -¿Éstas luces fatuas? Ahora nos rodean por todas partes. ¿Nos han atrapado? ¿Quiénes son?

Amo a Candelaria porque está hecha de flogisto y de hombres.

Interrupción comercial.

“¿Fuegos en la boca? Apague el incendio con *Cicloferón*”

Al regreso del corte, Joaquín López Dóriga, reportero omnipresente, entabla una discusión conmigo a través del monitor. El surrealismo simplemente está jugando a vivir.

-Sean lo que sean, ellos se están suicidando en masa –balbuce.

Yo estoy aburrido de estas estúpidas teorías, como los *foo fighters* de la segunda guerra. A veces parece que tus peores días se guardan en la caja de Pandora, que tiene aún otro misterio que dar.

-¿Por qué?—pregunto en automático, sin quitar la mano del control remoto.

-El mito los lemmings. Déjeme, le digo que por una razón desconocida, estos roedores se suicidan en masa como parte de un mecanismo de autorregulación de la naturaleza. No obstante, semejante cosa no está científicamente demostrada y se considera que dichas muertes se producen por accidente, debido a la impronta genética que determina su sentido de la orientación durante las migraciones. Esto provoca situaciones en las cuales los grupos en estampida invariablemente se precipitan hacia un río, un despeñadero o cualquier otro accidente sobre el terreno. En un mismo patrón, los seres ígneos se siguen uno al otro hacia la destrucción masiva. En este caso, su instinto biológico les induce a desplazarse a través del espacio sideral para cometer suicidio en nuestro sistema solar. Justo aquí, para arder y morir dentro de las distintas atmósferas de Marte, Venus, Mercurio o la Tierra. En un momento, en un momento en este noticiero, más sobre los amantes de Pompeya sorprendidos en su abrazo...

Otro corte comercial

“Amigo Mío, sólo tú encuentras leña. Piensa a futuro con Aseguradora Phoenix”

Mi rostro se halla impávido. Puedo comprenderlo, pero ¿importa todo ello? No se trataba de lo que propició a la salamandra a alimentarse de asbesto, favorita de Paracelso sobre su propia obra manuscrita. La urgencia de una especie no es el impulso de otra.

-Pero, sigo sin comprenderlo del todo

-Los alimentos del infierno hacen del hombre un condenado.

-Pero, ¿Por qué venir a morir precisamente en este planeta? ¿Por qué no otro sistema solar o galaxia?

-Porque –dice suavemente el comentarista de noticias –aquí es el final del universo.

Mi mente quiere disparar a Ptolomeo en defensa propia. Me doy cuenta que estoy ante un concepto que me regresa a la noción de la tierra plana, antes de Plinio I. Nuevamente, un telescopio apunta como el revólver de forajido. La Tierra considerada un enorme disco al centro de la astronomía Zetética, era el *Mare Tenebris* del universo. Los humanos podíamos acercarnos a los linderos del tiempo y del espacio y todavía alcanzar un benigno Juicio Final, en el cual las puertas de la Ciudad de Dios están abiertas a todos, pero a los ígneos siguiéndose unos a otros, este sol era la frontera final.

Mensaje comercial.

“Con TelMex...llámale”

Pinches ardidios, chulísimos.

Apago el televisor y me retiro a dormir. Digo que los bomberos se encarguen del problema. Soluciones radicales para tiempos radicales. No obstante, debo tomar un par de somníferos porque la luz al lado de mi cama en el lugar de mujer es demasiado brillante.

TAPS

Muntadar Al-Zaidi calza del 10, admitido que sus zapatos son un par colgante sobre el cable del telégrafo para estas incoherencias notariales y adventicias.

Los zapatos en cuestión no son una grave ficción de rima infantil donde una casa con forma de viejo calzado alberga a la mujer con sus diez hijos o este universalismo del hambre dentro del film *La Quimera del Oro*, ni su fama se refiere a los zapatos mágicos que hacen bailar al bufón errante o las sandalias aladas de Mercurio como una herramienta para el brío. Tampoco rivalizan con las zapatillas de cristal de la Cenicienta, ni los zapatos conceptuales de rubí bajo Judy Garland. La repetición del término *zapatos* une el cambio de orden, por dos veces con un pie levantado, de un paralelismo que permite caminar, como sucede en la postura estética y literaria del gato con botas o las botas de siete leguas del ogro es pos de Pulgarcito, o las botas de plomo para sumergirse en el agua completamente desorientado con los laberintos del nautilo, pero tal fuerza mecánica puede darse la vuelta de cojito y Nikita Krushev golpea con un zapato el podio durante su discurso ante las Naciones Unidas. Sin embargo dicta el refrán: *It takes two to tap*. Muntadar Al-Zaidi, valiente hombre, arroja el viento de su corazón para gritar su protesta por las viudas y los huérfanos de la guerra y establece un segundo coloquial entre la cabeza febril de Estado y el par de zapatos puestos. El acto en sí representa un insulto extremo entre quienes manifiestan prejuicios culturales contra el pie por considerarlo la parte más baja del cuerpo, hasta donde esto se le puede explicar a un niño de siete años. Llegada la tarde, unos tordos se desprenden del poste de comunicaciones y hacen su nido en el alfeizar de mi propiedad. El momento que salgo a depositar la basura, la madre marca su territorialidad, con el vuelo

de esta palabra poética, definida y potente. No tengo intenciones de aventarle un zapatazo. Sin embargo, me pongo en los zapatos del maestro de primaria preguntando a sus alumnos sobre el trabajo de sus padres.

-A ver, Juan Vicente, tú primero, ¿Cuál es el trabajo de tu mamá?

El niño se levanta orgulloso de su pupitre y responde

-Mi mamá es Doctora

-Muy bien. Y tú, Carolina, ¿A qué se dedica tu papá?

La niña empuña su lápiz y responde

-Mi papá es sastre y desastre

-Gracias. Y tú, Eduardo, ¿Cuál es el trabajo de tu papá?

El niño responde con bombo y platillos.

-Mi papá toca el piano en uno de los mejores prostíbulos de la zona roja.

El maestro se encuentra sorprendido por la respuesta y pronto cambia el tema a geografía. No obstante, a la hora de la salida busca hablar con el padre del niño para encontrar una explicación prudente y menos turbia de folios a la respuesta del párvulo.

-Mire maestro, en realidad trabajo como Director del Instituto de la Cultura – responde el hombre – pero, ¿Cómo se le podía explicar algo así a un niño de siete años?

El reporte merece levantar la diestra para arrojar los huaraches del ciempiés.

LA ÚLTIMA LETRA DEL ALFABETO

“Somos los Zetas, amigo. Nos hemos dado cuenta que te ha ido muy bien en tu negocio últimamente y queremos que nos pagues cincuenta mil pesos antes del domingo o desapareceréte de Veracruz”. Tal sutileza de invitación es presentada por uno de los siete malhechores que llegaron a ofrecer sus respetos al ciudadano de bolsillo.

-¿Los Zetas? Hicieron bien en elegir esa letra, porque *Las Jotas* se hubieran escuchado infame

-¿Qué te pasa? ¿Te sientes muy valiente?

-Orson Welles dijo que no existen los hombres valientes, sino tipos con pistolas.

-Oye, sabiendo, sin necesidad de mi pistola puedo comerte de un bocado

-En ese caso tendrías más cerebro en tu estómago que en tu cabeza

El rufián hace un ademán de paje con martillo, pero su compañero lo detiene.

-Déjalo, ya entendió que dar dinero es dar amor.

Enseguida que los ángeles custodios le recogen el corazón, el ciudadano mira a los tipos subirse a la camioneta sin placas y huir con rumbo desconocido. El domingo consagra la sangre y los aceites, pero la extorsión es un delito *plurofensivo*, ya que no se ataca a un bien jurídico, sino a más de uno: propiedad, integridad física y libertad. El ciudadano sabe que el encuentro lo ha convertido en una víctima de extorsión ¿Qué se supone que debe hacer? Pagar

-Ayúdeme, señor Procurador. Siete hombres se presentaron a mi trabajo y me exigieron cincuenta mil pesos. Como no tenía esa cantidad, destrozaron el mobiliario usando bates de beisbol, luego me tomaron en secuestro con un oscuro augurio, mientras

era golpeado y encañonado a probar turnos con la ruleta rusa, hasta que fui liberado sin ropa en la carretera y terminaron amenazándome que si los denunciaba, regresarían a jalarme la lengua como la corbata colombiana. Por favor, ayúdeme

-Señor mío, me imagino que nomás no fue hoy su día de suerte

-Los Zetas se apoderan de Veracruz. Fijan impuestos a estoicos y vendedores por igual.

-¿Zetas o simples equis?

-Qué importa. Veracruz late con fuerza, pero de puro miedo

Los Zetas son un grupo paramilitar integrado en un Cártel del narcotráfico, según refieren las unidades especializadas contra el crimen organizado, pues “Revolución” es una de las palabras más gastadas que hay. Se formó de un grupo de militares que desertaron del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales (GAFE) y del Grupo anfibio de Fuerzas Especiales (GANFE) del Ejército Mexicano, además del Grupo 127 de los Boy Scouts de México, todos y cada uno fundados con motivo del levantamiento zapatista de Chiapas y el mal rating de “En familia”, con Chabelo. Se dice que los Zetas, en su tiempo de servicio, se capacitaron en la Escuela de las Américas, cuya estrategia aparente era entrenar a los mejores oficiales latinoamericanos con el objetivo de "ayudar a la democratización" de la zona, o dicho de otro modo, la contrainsurgencia alineada a la geopolítica estadounidense, la Pax Americana. El término “Zeta” deriva del código de radio usado por la Policía Federal Preventiva para designar a los oficiales de alto rango. El origen del grupo delincuente, lo remonta al cabo Arturo Guzmán Decena, o Zeta 1, quién fuera soldado de infantería hasta su desertión, experto en combate entrenado por militares israelíes. Sin embargo, los delincuentes dentro de las entrañas de la injusticia, refieren a Ra's Al Ghul

como el alguacil de la ley del más fuerte en cualquier dirección. Sea cual fuere su origen, ahora forma una red propia de contrabando y asesinatos que compite con otras organizaciones existentes, pero con pésimos publirrelacionistas.

-Según testigos protegidos, lo acusan de ser el Zeta mayor

-Se equivocan, ustedes se refieren a la firma del Zorro. Nomás que, para que no se haga desmadre, acuérdense que si me matan, lo deben obedecer a él.

-¿Por qué no lleva a cabo una votación, antes de que corra la sangre?

-En la organización no tenemos vocales.

El hecho anterior convierte a los Zetas en la segunda empresa con mayor cobertura en México, sólo detrás de Telcel, pero con amplia ventaja sobre Bimbo y Farmacias Similares.

A las diez de la mañana del domingo, siete miembros de una célula delictiva acuden a coleccionar su dinero. Cierta voz ronca ilumina el punto de encuentro:

-Quietos. ¡Quédense ahí! ¡No se muevan!

La camioneta sin placas se detuvo.

-¡Arriba las manos!

-Te equivocas...somos del mismo bando- diría el chofer tomado por sorpresa, mientras su copiloto ubica la voz ronca y apunta con el dedo al hombrecito de anteojos con un periódico doblado bajo el brazo, parado frente al vehículo.

-¡Veamos quien tiene las manos más grandes! –reclama el peatón, con ambas manos metidas en las bolsas.

Antes de responder a su reclamo con las armas automáticas, los mercenarios observan una procesión remontando la calle. Un sacerdote iba adelante, portando un estandarte con la imagen de la guadalupana. Detrás venían mujeres envueltas en rebozos negros, mordiendo naranjas y escupiendo las cáscaras a la calle. También niños comiendo fruta, junto a esas mujeres y una singular fila de negros transportando distintos bultos en la cabeza. Eran en total cincuenta personas.

Los tipos suponen que la procesión es un funeral, luego se quedaron allí un rato, inmóviles. En un rincón lejano, un hombre regordete, de pómulos altos, cara lechosa de ascendencia española, lentes gruesos, sombrero gris, pantalones arrugados y grises, zapatos tipo bota y un rifle de alto poder, se movía entre los autos estacionados, esperando a una señal del hombrecito de lentes. La noticia en primera plana es: *Las setas provocan alucinaciones*. Entonces, los ojos de los siete maleantes aceleran algo más que disparos, después de ver a las mujeres y niños transformados en jauría por obra de la evaporación. El terrible rebote contra la pared durante la fuga hace disparar sus armas y animando el juego, con repetido fuego a diestra y siniestra.

-¡Vámonos de aquí! ¡Están abatiendo a mis hombres! –grita el líder

-Aaggh, sangre. Era mi mejor guayabera.

Los disparos cesan, el hombrecillo de los lentes camina de vuelta al rincón que pertenece a los simbolistas. Nadie lo sigue. En una cervecería, cierto fonógrafo estremece el aire: *ay, marimba, corazón*. Y con el olor de la pólvora muchas otras palabras extrañas que se iban fuera de los cuerpos, junto a unos buitres volando con círculos en el cielo.

Se trataba del mayor trofeo de cacería que se pudiera saber. Colgando en la pared norte del Salón de Banderas del Casino Español. La pieza era un recordatorio de que no todos los socios eran simples *playboys* que pagaron su membresía para reunirse a beber brandy y presumir algún safari en una palizada dentro de los intemporales *kraals* de Africa. La caza a rececho es una modalidad que se practica en todo el mundo. Consiste en la búsqueda de un animal seleccionado por su trofeo. Se practica a pie e intervienen un único cazador y un guarda que supervisa la cacería. Una vez localizada la pieza, se realiza la aproximación con el viento a favor para no ser detectado. Y hela aquí, montada en placa de bronce, al lado de la majestuosa cabeza de un Ciervo Negro y otra, de un Tigre dientes de sable. Convertida en la más impresionante entre las presas, debido a las concurrentes luces en los ojos que conservan el celo y el control para la depredación. Se trataba de la mayor aportación de Don Fernando Barrios a su club, a los taxidermistas, a los admiradores. Cualquier visitante al Salón de Banderas del Casino Español no se cansaría de caminar habitación por habitación y preguntar algo de la cantidad y diversidad de vida salvaje que Don Fernando Barrios ha reunido de mil expediciones por el mundo. Cuadros mostrándolo orgullosamente con un pie sobre el cuerpo de un león fallecido o una mano tocando el cuerpo colgado de cabeza de un gorila. Piel con el emblema de Casa Barrios marcado con *branding*. Finalmente, las cabezas montadas en un trofeo son la principal muestra de la colección. Desde elefantes, rinocerontes, alosáuridos del Jurásico superior hasta el jabalí de Erimanto y la propia Gorgona. La palabra cazador era poco justa para aplicarla a Don Fernando Barrios. Más bien, *Homo Necans* era el preciso.

Sus colegas lo llaman fanático. Sus detractores lo llaman carnicero, pero nunca de frente. Don Fernando Barrios tiene los apelativos como enemistad permitida cuando impera la ley de la selva.

Y su mejor pieza de trofeo.

Siete cabezas de Zetas.

Por ende, si nuestro visitante no juntas demasiadas *zetas* para indicar que está durmiendo, los miembros del club pueden terminar de contarle la historia detrás de ese trofeo. La historia de la última cacería de Don Fernando Barrios y su visita al país de *Nopasanada*.